

Sacerdos.

Revista de comunión sacerdotal, caridad pastoral y formación permanente

**EL CUIDADO DE LOS
SACERDOTES POR
PARTE DEL OBISPO**

+Mons. Benjamín Castillo



**EL APOYO
ESPECIAL A LOS
SACERDOTES DESDE
LAS CIENCIAS
HUMANAS Y
EN ESPECIAL LA
PSICOLOGÍA.**

+Mons. Marcelino Hernández
Rodríguez

**ENERO - FEBRERO - MARZO
2018
NO. 128**

CONTENIDO

■ FORMACIÓN HUMANA

4 EL APOYO ESPECIAL A LOS SACERDOTES DESDE LAS CIENCIAS HUMANAS Y EN ESPECIAL LA PSICOLOGÍA.

+Mons. Marcelino Hernández Rodríguez

9 EL CUIDADO DE LOS SACERDOTES POR PARTE DEL OBISPO

+Mons. Benjamín Castillo Plascencia

■ FORMACIÓN ESPIRITUAL

14 EL SACERDOTE AMIGO DE DIOS

P. Félix Castro Morales

■ FORMACIÓN INTELECTUAL

20 DOS PRECEDENTES PATRÍSTICOS EN LA DOCTRINA SOBRE EL SACERDOCIO (II PARTE).

P. Ignacio Andereggen

30 LA ESPIRITUALIDAD MATRIMONIAL Y FAMILIAR (IV PARTE)

P. Alfonso López Muñoz L.C.

■ FORMACIÓN PASTORAL

40 ¿QUÉ DEBE HACER EL PREDICADOR ANTES DE LA PREDICACIÓN?

P. Antonio Rivero L.C.

■ TESTIMONIOS

44 SAN RAFAEL GUÍZAR Y VALENCIA, UN PASTOR CON CORAZÓN DE APÓSTOL

P. Pedro Barrajión L.C.

■ ACTUALIDAD (Agradecemos a Análisis y Actualidad permitirnos publicar estos artículos)

52 EL PELIGRO DE LAS CONSTELACIONES FAMILIARES Y SUS CONSECUENCIAS^P.

LaRed21

55 ALGUNAS TÁCTICAS MANIPULADORAS EN LOS MEDIOS

P. Fernando Pascual L.C.

58 DOS TIPOS DIFERENTES DE PLURALISMO

P. Fernando Pascual L.C.

60 LUTERO O LO QUE HACE IMPOSIBLE LA DOCTRINA SOCIAL DE LA IGLESIA

Giampaolo Crepaldi

■ REDACCIÓN

Director responsable: P. Alfonso López Muñoz, L.C.

Consejo editorial: Centro Sacerdotal Logos, sede central México

Coordinación gráfica: Mariana Hernández Ambriz

Coordinación Editorial: Erika Mondragón Tapia

Coordinación Editorial: En Sacerdos velamos porque todo cuanto se escribe en nuestra revista refleje en todo momento la doctrina de la Iglesia Católica sobre cada uno de los temas tratados; sin embargo, la responsabilidad del pensamiento y de las ideas en concreto de cada artículo competen a su respectivo autor.

EL APOYO ESPECIAL A LOS SACERDOTES DESDE LAS CIENCIAS HUMANAS Y EN ESPECIAL LA PSICOLOGÍA.

+ Mons. Marcelino Hernández Rodríguez
Licenciado en Psicología.
Obispo de Colima

Presidente de la Comisión Episcopal para la Solidaridad Intraeclesial



Desde todas las perspectivas, la figura del sacerdote es considerada como figura de donación total de sí mismo, de entrega y de servicio, de desgaste y ofrenda, pero pocas veces consideramos que el mismo sacerdote es objeto de entrega y ayuda de parte de los demás. El primero en llenar al sacerdote de la fuerza necesaria para servir es el mismo Dios, que se vale de gracias especiales, de luces y de la mediación de la iglesia para hacer de él un instrumento eficaz para el hombre de hoy.

La iglesia le ofrece las herramientas, los métodos y la estructura necesaria para lograr este fin. Pero la vida del sacerdote está inmersa en un basto mundo interior, mundo complejo y hasta cierto punto caótico; por ello debe tener las herramientas para poder afrontarlo para bien propio y de los demás.

La interioridad del sacerdote, fuente de donde mana su donación y entrega, muchas veces carece de elementos humanos necesarios para poder ser atractiva y eficaz. El corazón del hombre o la interioridad es beneficiada además de muchas ciencias humanas que tienen como fin la integración de la misma estructura interior (inteligencia, voluntad, afectos, sentimientos, sentidos, necesidades, etc.). Servirse de las ciencias humanas en especial de la psicología, será un elemento de especial consideración para fortalecer el corazón del hombre. Un hombre perfectamente integrado será siempre un gran don para los demás; un sacerdote integrado será el don más grande que la iglesia puede recibir y ofrecer.

Consideremos que el sacerdote debe de ser experto en el conocimiento del corazón del hombre; por ello, debe de haber hecho un recorrido interior para comprender que la fuerza transformadora del Evangelio debe tocar todos los aspectos de su personalidad. "El camino hacia la liberación es el camino hacia la autodeterminación de la persona, en el obrar moralmente recto, mediante un asentimiento cada vez más profundo al Espíritu que nos conduce hacia la unificación interior de la persona"¹. Es muy diferente hacer un recorrido interior desde la fe o con los principios de la fe, que hacerlo sin ella y con los meros condicionamientos humanos.

SITUACIONES DE URGENTE ATENCIÓN

No podemos dudar que son muchísimos los aportes que el sacerdote realiza en tantos ámbitos de la sociedad, pero sobre todo, en el ámbito de la dirección espiritual y del acompañamiento. Pero, no podemos ignorar los grandes vacíos y lagunas que muchos experimentan al enfrentarse a ese mundo de la vida interior; considero que podríamos identificarlos de la siguiente manera: primero, no se conocen lo suficientemente para poder enfrentar la propia problemática y ofrecer remedios eficaces; segundo, no son conscientes de la fuerza que tienen las pasiones y las emociones al momento de actuar y de servir; y tercero, no sienten interés para poner remedio a sus situaciones personales y mucho menos para remediar las situaciones de los demás.

¹ CARLO CAFARRA, Vida en Cristo, EUNSA, España 2010, p. 159.

El Sacerdote, para poder hacer un buen recorrido en el mundo del acompañamiento de los demás sin quedar el mismo desorientado, tendrá que conocer los elementos y las herramientas útiles para conocerse, deberá ser consciente de las potencialidades del mundo interior (virtud / vicio, bien / mal) y, finalmente, deberá interesarse para poder con humildad retomar el camino de la integración interior en todos los aspectos de su vida.

Una de las principales deficiencias en todo presbiterio es la siguiente: querer uniformar o unificar la experiencia de servicio y entrega de los sacerdotes, casi deseando que todos fueran iguales (cosa imposible). Es verdad que existe un perfil claro que nos delinea a todos y a cada uno (Cristo); pero el aporte más importante de la formación sea inicial que permanente será que desde las propias posibilidades y límites se pueda proyectar una figura significativa para el presente. Cada presbítero debe reconocer sus potencialidades pero también sus deficiencias, para poder ofrecer un servicio a la altura de las necesidades.

A) EL SACERDOTE CANSADO Y DESANIMADO

Pueden ser muchísimos los factores que influyan en el cansancio del presbítero: el exceso de trabajo, la desorganización en los propios deberes, las irresponsabilidades, la fuerte carga emocional de lo realizado y lo realizable. Mientras el cansancio sea de origen físico es evidente que un sano esparcimiento y un tiempo dedicado al cuidado de sí mismo pueden ser renovadores. Si el cansancio tiene un origen no físico sino afectivo o psíquico, de incomprendimientos, de fallas, de desintereses y de hastío de las labores (Burnout), entonces el problema se vuelve más crítico.

Se debe entender ante todo el origen de los sentimientos: ¿Por qué estoy cansado? ¿Cuándo comencé a sentirme sin fuerza? ¿Por qué nada me satisface? Ir a la raíz nos puede ofrecer ya inicialmente algunas respuestas. Si descartamos que la posible causa pueda ser la falta de fe o de

interés por las cosas de Dios, o si descartáramos también que fuera por el cansancio físico o laboral, entonces nos quedará preguntarnos por la influencia que realiza todo ese mundo exterior en el corazón. Ya un discernimiento espiritual nos daría muchísimos elementos para poder conocernos; pero si no estamos habituados a realizarlo y a examinarnos desde Dios, creo que un camino de introspección nos podría ofrecer elementos claros para retomar el camino. Basta recordar todo el mundo inconsciente de elementos que hemos heredado, la carga emocional que no hemos sabido integrar y que nos ha causado graves estragos, los daños neuronales que sin considerarlo determinan o predeterminan nuestra disposición. Y es justo en ese momento cuando podemos reconocer el aporte que la Psicología y o la Psiquiatría pueden ofrecer a la salud integral del sacerdote.

B) EL SACERDOTE CONFUNDIDO Y DESORIENTADO

Cuando la formación inicial no es consistente, especialmente en el área humana, se cargan muchísimas carencias y fragilidades. Es inaudito escuchar a un sacerdote decir: "No sé que estoy haciendo", porque se supone ha recibido una formación completa y que sabe de primera mano el sentido de la vida. Un hombre que debe dar esperanza y que debe mostrar una fe inquebrantable porque "ha hecho vida lo que cree", no puede manifestar desorientación (hablando desde un punto de vista de la fe); por eso la carga emocional y traumática puede afectar los puntos claros de referencia y oscurecer el panorama u horizonte que en un momento le parecía tan familiar y palpable. La confusión puede llegar cuando no se tiene práctica de encuadrar los problemas en el lugar que les corresponde. Esta realidad es tocada por la falta de claridad hacia los valores referenciales. Podríamos afirmar que "la psicología tiene ante todo la tarea de recordar al hombre el insustituible deber hacia los valores; le recuerda que no podría tender jamás a la madurez sin haber dedicado atención a estos problemas"².

² A. CENCINI, A. MANENTI, Psicología y Formación, Paulinas, México 1994, p. 123.



Bastaría un dialogo sincero y veraz con el director espiritual para resolver muchas interrogantes y confusiones; sin embargo, un experto en la psicología podría ofrecer elementos valiosos para un buen discernimiento y servir de apoyo a la tarea del acompañamiento espiritual.

C) EL SACERDOTE Y LA SOLEDAD

Un elemento importante que no podemos omitir en la preocupación por la vivencia integrada del sacerdote es la experiencia de sentirse solo. Creo que esta experiencia es de las más complejas, y de las más frustrantes. El sacerdote que ha ofrecido su vida al servicio de Dios y de los demás debe reconocer que nunca está solo; que la experiencia de la soledad puede venir más bien por otras diferentes vías: el rechazo de los amigos, la incompreensión de los demás, el propio egocentrismo y la sensación de la falta de compañía.

Si el sacerdote no está perfectamente convencido de lo que es y de aquello a lo que ha renunciado, se sentirá siempre solo. Es claro que el corazón del sacerdote es saciado completamente sólo por la "presencia de Dios", es decir, por la presencia real de Dios en su interior. Si Dios no está presente en el corazón del consagrado, el vacío y la soledad se harán sentir. Pero en esta búsqueda de sentido y de afecto debe ser muy inteligente para no querer llenar su corazón con afectos desordenados. Conocer a fondo su "inconsistencia central" le será muy útil para saber y reconocer cuáles son los puntos débiles y vulnerables; y en este ámbito las herramientas que podrá recibir de las ciencias auxiliares le serán de gran ayuda.

INTEGRAR LA PROPIA VIDA DESDE LA HUMILDAD

Cuando se han descubierto las propias fragilidades, cuando se es consciente de los múltiples mecanismos inconscientes

CONCLUSIÓN

o subconscientes que influyen en la propia conducta, se debe dar un paso necesario: aceptarlo con un espíritu de humildad. Para nosotros esta expresión es doblemente significativa, porque no es solamente reconocer con docilidad que se ha equivocado o que se ha errado, sino que se debe aceptar con una disposición de espíritu más honda. De hecho la humildad es ya una disposición del corazón que favorece oportunamente todo crecimiento, renovación y transformación.

Desde un punto de vista humano, reconocer que no lo sabemos todo, es un paso hacia el crecimiento; recordemos que como sacerdotes no somos capaces de guiarnos a nosotros mismos; podremos proyectarnos desde nosotros puesto que la fuerza viene de dentro, más siempre necesitaremos un auxilio, un consejo, un aporte y una guía para poder retomar el camino desde una vida integrada y plena.

Saberse necesitado de ayuda es el primer paso para encontrar la respuesta a lo que buscamos o a aquello que nos hace sufrir. Decía hace poco que el sacerdote debe ser experto en el conocimiento del corazón humano y de su propio corazón; será evidentemente la experiencia y el ejercicio en la propia interioridad lo que nos dará las herramientas más acertadas para poder ayudar a los demás y la prueba más clara la tenemos en Cristo: "Pues no tenemos un Sumo Sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras flaquezas, sino probado en todo igual que nosotros, excepto en el pecado" (Heb. 4, 15).

El peligro que debe evitarse a toda costa es pensar que no es posible cambiar, que nadie me puede ayudar, que nadie me puede comprender; porque nos cerraríamos la posibilidad de dejarnos ayudar, cambiar y entender. Tengamos la confianza de que Dios, a través de muchas mediaciones, puede reintegrarnos en un proyecto de vida que además de partir por un orden nos ofrecerá la plenitud de nuestra entrega.

El apoyo especial que el sacerdote necesita vendrá de muchas mediaciones humanas y de la propia vida, pues la vida nos forma. Y el apoyo esencial, si puedo expresarlo así, vendrá de la gracia de Dios y de la misma presencia de Dios en el corazón del sacerdote. Vale la pena dedicar la vida y el tiempo a los demás desde una vivencia plena de la propia personalidad y de la vocación. Replantearse desde la alegría y la madurez un futuro en bien de los demás será retribuido en la medida de la propia donación.

Permitamos a nuestros hermanos encontrar sacerdotes plenamente integrados, felices y realizados, perfectamente humanos, en todo el sentido de la palabra (sin ignorar las propias debilidades y flaquezas), pero muy experimentados en el conocimiento de sí mismos, que puedan servir de referencia y apoyo para tantos fieles que se encuentran en situaciones más vulnerables y que están hambrientos de sentido, identidad y de compañía. Diría el padre Amedeo Cencini: "La psicología no puede imponer al hombre ningún credo específico, pero le recuerda que no puede no creer en algo que dé sentido a su vida".³ Por tanto, partiendo de la consideración de que hay alguien que da sentido a la vida (Dios), podremos encontrar los medios que ese Alguien pone a nuestra disposición para retomar el sentido de la vida.

³ Ibid., p. 127

EL CUIDADO DE LOS SACERDOTES POR PARTE DEL OBISPO

+Mons. Benjamín Castillo Plascencia
Licenciado en Teología Catequística
Obispo de Colima



ACOMPañAMIENTO. FORMACIÓN PERMANENTE. CUIDADO DE LOS SACERDOTES JÓVENES.

LA GRANDEZA DE SER SACERDOTE

Es buena ocasión para comenzar estas líneas recordando una metáfora que escuché de un sacerdote mayor. Refiriéndose a la formación sacerdotal decía: un mal sacerdote, es una pena para toda la Iglesia y el mundo. Un sacerdote mal formado, es como un toro suelto en medio de fina cristalería.

La comparación es muy gráfica y lastimera, y no es para menos si consideramos la grandeza que guarda el sacerdocio de Cristo y su ejercicio por quienes han sido tomados de entre los hombres y puestos a favor de los hombres (Hb 5, 1), puestos en una referencialidad específica delante de Dios y delante del hombre.

Así citaba a San Juan María Vianney el Papa Benedicto XVI en su carta de convocación del Año Sacerdotal: "Si comprendiéramos bien lo que representa un sacerdote sobre la tierra, moriríamos: no de pavor, sino de amor...": una afirmación llena de piedad, que parecería exagerada, pero en realidad está llena de profunda teología. La condición sacerdotal es de tal hondura que, por sus alcances en la eternidad, nunca acabaremos de comprender lo que significa, tanto en lo referente a la santificación de las almas como en la propia persona de quien encarna aquí en la tierra al Sumo y Eterno Sacerdote. Por eso, quien se consagra sacerdote por la causa del Reino de los cielos adquiere no sólo la facultad de actuar in persona Christi, sino una tarea que le acompañará para toda su vida, que es la de configurarse cada vez más con Cristo. No se trata sólo de realizar las acciones de Cristo, sino de ser otro Cristo; no es suficiente con realizar acciones de sacerdote, es preciso ser un auténtico sacerdote.

Al respecto, el Directorio para el Ministerio y vida de los presbíteros y la nueva Ratio Fundamentalis, elaborados a partir de la amplia doctrina sobre la formación sacerdotal, constituyen un maravilloso regalo para los obispos, los formadores de sacerdotes y cada uno de los presbíteros ya insertos en el ministerio. La Ratio, por ejemplo, introduce la materia señalando que la formación sacerdotal permanente es la "continuación de un único «camino discipular» que comienza con el bautismo." Y desglosa la formación inicial y permanente como un único proceso derivado de la propia condición discipular que acompaña toda la vida del sacerdote que sigue al Maestro, que está con el Señor y no sólo en las cosas del Señor.

FORMARSE NO ES OPCIONAL, ES UNA URGENCIA

Nunca ha tenido la Iglesia otra tarea más apremiante y delicada que la salvación de las almas. Y vinculada íntimamente a tal misión está la formación de los sacerdotes. Esta tarea tan grave de la formación se suscita con apremiante urgencia en todos los momentos de la historia de la Iglesia. El bien del pueblo de Dios pasa por el filtro de sus sacerdotes; es más, lo que la Iglesia debe ser en el mundo está estrechamente vinculado a la santidad de sus ministros. Así lo expresaba el Concilio en el proemio de Optatum Totius: "La anhelada renovación de la Iglesia depende en gran parte del ministerio de los sacerdotes". En principio nunca terminamos de formarnos, pues la trascendencia a la que el hombre está llamado apunta a un horizonte de plenitud inagotable, que es el Verbo encarnado.

Por ello, no ha de resultar ajeno que así como en lo humano se busca la especialización en campos específicos del saber el sacerdote mismo no está menos obligado a comprender, saber y vivir cada vez mejor el Evangelio, que es la razón de su existencia y su aportación más grande al mundo. Cuando san Pedro exhorta a los cristianos de la primera hora a "dar razones de su esperanza" hace de la vivencia de la propia fe y de la convivencia entre discípulos e incrédulos, fieles y no creyentes, una oportunidad de fermento para transformar la sociedad desde dentro, por la coherencia de vida, pero también por la respuesta adecuada a quienes piden explicaciones razonables para creer. Al respecto, los primeros tiempos del cristianismo no eran menos difíciles que los nuestros, ni menos exigentes. Hoy por hoy "los problemas que plantea el progreso científico, particularmente influyentes sobre la mentalidad y la vida de los hombres contemporáneos, deben recibir un tratamiento especial. Los presbíteros no deberán eximirse de mantenerse adecuadamente actualizados y preparados para dar razón de su esperanza (cfr. 1 Pe 3, 15) frente a las preguntas que planteen los fieles –muchos de ellos de cultura elevada–, manteniéndose al corriente



del avance de las ciencias y consultando expertos preparados y de doctrina segura. De hecho, al presentar la Palabra de Dios el presbítero debe tener en cuenta el crecimiento progresivo de la formación intelectual de las personas y, por tanto, saber adecuarse a su nivel y también a los varios grupos o lugares de proveniencia" (DMVP, 95).

Un médico cirujano, por ejemplo, por su delicada tarea en la vida e integridad de sus pacientes, faltaría gravemente a su condición de médico si no estuviera al tanto de los nuevos tratamientos, instrumentos y avances en las intervenciones quirúrgicas. ¿Es acaso menos importante la delicada tarea de quien trata la conciencia y la vida espiritual de las personas? Sin duda que no. Por ello ningún obispo ni los fieles ni el sacerdote mismo pueden escatimar en tiempo o medios destinados específicamente a su formación. Por ello, ha de rechazarse como absolutamente falsa y peligrosa la idea de que la formación presbiteral concluya con la estancia en el Seminario (PDV, 75), misma que nace de una actitud de presunta autosuficiencia.

Por ello, necesitamos cambiar de actitud, porque sabemos bien hacer cosas de sacerdotes, pero no se trata de hacer por hacer, ya que esto ata la

propia existencia y la belleza del sacerdocio a una horizontalidad sin trascendencia. Se trata de dejar atrás el activismo agobiante para trascender en la verticalidad de la gracia, que nos hace romper el techo de cristal del funcionalismo y lograr una existencia sacerdotal cada vez más realizada y realizante. Superar la tentación de pensar que somos nosotros los protagonistas o que ya estamos sacerdotalmente completos. ¿Cuántos sacerdotes evaden o abordan superficialmente aquello que suma a su crecimiento o actualización doctrinal? Acaso no resuena también para todos, obispo y presbíteros, la pregunta que el Señor hace a Caín: ¿Dónde está tu hermano?

EL OBISPO, PADRE Y HERMANO DE CAMINO

Esta será una de las grandes responsabilidades que ocupa a los obispos: el bien de sus sacerdotes, que por extensión supone el bien de su pueblo, su Iglesia particular y la Universal. Por la vinculación que brota de la ordenación los obispos adquieren no sólo sacerdotes, sino hermanos y amigos. Señala el Concilio Vaticano II que han de preocuparse de su bien material y, sobre todo, espiritual. Y puesto que sobre los obispos recae "la grave responsabilidad de la santidad de sus sacerdotes, tengan, por consiguiente, un cuidado exquisito en la continua formación de su

presbiterio" (PO, 7). Formación que abarca no sólo la dimensión académica, sino también la humana y comunitaria, espiritual y pastoral.

Ciertamente una de las tareas que más alegra a un obispo es la de dar a la Iglesia nuevos sacerdotes. En analogía con la paternidad humana, la ordenación configura al obispo como padre y hermano del sacerdote a lo largo de toda la vida, de lo que se derivan deberes de correspondencia entre ambos. En un mundo que tiende a oponerse a todo principio evangélico se vuelve una prioridad apremiante el cuidado paterno de los sacerdotes, especialmente de los jóvenes y de los que por su edad y salud son más vulnerables. El Magisterio abunda en doctrina respecto del papel fundamental del obispo y la atención a sus sacerdotes. Quedan en el corazón las palabras que el papa Benedicto XVI dirigiera a los Obispos en su visita a México: "No menos fundamental es la cercanía a los presbíteros, a los que nunca debe faltar la comprensión y el aliento de su Obispo, y, si fuera necesario, también su paterna admonición sobre actitudes improcedentes. Son sus primeros colaboradores en la comunión sacramental del sacerdocio, a los que han de mostrar una constante y privilegiada cercanía" (Homilía en la Catedral de León, 25 de marzo del 2012).

Es verdad que el mejor amigo de un sacerdote es su hermano sacerdote; su nueva familia hasta la muerte es su obispo y su presbiterio. También es verdad que no siempre es inmediata la sensación de paternidad y filiación espirituales entre nosotros, obispos y sacerdotes. A este respecto, me llama la atención, por ejemplo, la formulación que al respecto hace el padre Luis Valdez. Comentando él sobre el peso que cada uno lleva a costas, no sólo de la formación familiar sino de la misma formación del Seminario, dice: "la mayoría vemos el mal de nuestros formadores. No nos escucharon, no nos comprendieron, nos cambiaron de parroquia, nos quitaron un cargo... y todo esto sin consultarnos. De alguna manera vivimos las consecuencias del autoritarismo"¹.

No está de más replantearse la manera de acompañar a los candidatos al presbiterado desde el Seminario. Está claro que no nos ordenamos para ostentar un poder, defender un prestigio o ganar prebendas, como está claro también que con frecuencia sobran en los formadores miradas y actitudes petulantes, y de que el ejercer la autoridad sin caridad es tiranía. Nos formamos para ser hermanos y presbiterio. Por ello es perjudicial en nuestros Seminarios el que los formadores sean ausentes, la formación sin entrevistas regulares, o bien los seminaristas solitarios. El gran bien que aporta el Seminario y sus formadores se da cuando con su caridad pastoral éstos generan cambio en la manera de concebir y vivir el proceso inicial de la formación sacerdotal y el inmediato ministerio sacerdotal, con la consiguiente inserción en el presbiterio y en el corazón de su obispo.

LOS SACERDOTES JÓVENES

Como en toda familia, para un obispo los pequeños siempre serán motivo de preocupación, sobre todo viendo las dificultades del ministerio y la agresividad con que los valores evangélicos son rechazados o el peligro de dejar de luchar y dejarse llevar por la corriente. Sobre todo en los primeros años del ministerio se palpan aquellas carencias que no se trabajaron desde la formación inicial o fueron pasadas por alto: que van desde los afectos, lo material, hasta el ser y actuar según la propia condición sacerdotal. Se habla de los primeros cinco años como fundamentales para la consolidación de las convicciones sacerdotales, si hay un buen acompañamiento; pero también como la etapa en que pululan las causas por las que el neo sacerdote puede perder el encanto por su ministerio en los años venideros.

No son pocos los dolorosos casos de sacerdotes que con pocos años de sacerdocio se les ve adaptados no sólo al mundo; en el peor de los casos, algunos que en poco tiempo han perdido el entusiasmo terminan por dejar el ministerio. Nadie se levanta un día y sin más resuelve dejar el ministerio, no,

Esto ya había sido consentido como probabilidad cercana o lejana. Estas situaciones tal vez podrían haberse evitado mediante el acompañamiento comprometido de los formadores y los padres espirituales del Seminario. Estas experiencias dejan un gran dolor en los fieles y en toda la comunidad.

Al respecto hay que tomarse como una tarea de amor paterno lo que el Directorio señala como responsabilidad para cada obispo: «evitar que los nuevos ordenados sean colocados en situaciones excesivamente gravosas o delicadas; también se deberían evitar destinos en los que lleven a cabo su ministerio lejos de sus hermanos. Es más, sería conveniente, en la medida de las posibilidades, favorecer alguna oportuna forma de vida en común» (DMVP, 100). En esta dirección, debemos manifestar una preocupación profundamente sacerdotal por la vida espiritual de cada sacerdote. La Ratio fundamentalis (n. 84) precisa una serie de aspectos que deben atenderse:

a. La experiencia de la propia debilidad: seguida de la ayuda oportuna, espiritual y psicológica, evitando el aislamiento.

b. El riesgo de sentirse funcionarios de lo sagrado: principal causa de la sequedad espiritual y vocacional, del activismo absurdo que anula la oración personal. Con el tiempo puede generar en el sacerdote la sensación de sentirse como un empleado de la comunidad o un funcionario de lo sagrado. Y que lleva a que, mientras cumplen su función, buscan lejos de Dios la propia consolación.

c. Que tenga una adecuada inserción en la realidad de la cultura actual: partiendo de un sólido anclaje de las cuatro dimensiones de la formación: humana, espiritual, intelectual y pastoral.

d. La tentación del poder y de la riqueza: el apego a una posición, la obsesiva preocupación por crearse espacios exclusivos (horarios personales, actividades ignotas, consumismo, etc.), la aspiración a "hacer carrera", la aparición de un ansia de poder o de un deseo de riqueza, con la consecuente falta de disponibilidad a la voluntad

de Dios, a las necesidades del pueblo confiado y al mandato del Obispo.

e. El desafío del celibato: en medio de nuevos estímulos, las tensiones de la vida pastoral, que, en lugar de favorecer el crecimiento y la maduración de la persona, pueden provocar una regresión afectiva que induce, bajo la influencia de una tendencia socialmente difundida, a dar espacio indebido a las propias necesidades, así como a buscar compensaciones, impidiendo el ejercicio de la paternidad sacerdotal y de la caridad pastoral.

f. La entrega total al propio ministerio: con el paso del tiempo, el cansancio, el natural decaimiento físico y la aparición de los primeros problemas de salud, los conflictos, las desilusiones respecto a las expectativas pastorales, el peso de la rutina, la dificultad para cambiar y otros condicionamientos socio-culturales, podrían debilitar el celo apostólico y la generosidad en la entrega al ministerio pastoral.

Sin lugar a dudas, es una tarea humanamente desbordante para los pastores; pero ante una misión tan ardua, una mirada serena y sobrenatural de la realidad y del sacerdote en el mundo no pueden sino generar una conciencia colectiva tanto en sacerdotes como obispos del deber de generar las estructuras humanas donde nos las hay, y aprovechar las ya existentes para tomarse en serio la tarea ineludible de sostenernos y crecer en el seguimiento de Aquél que nos ha llamado para estar con Él (Mc 3, 13). Una tarea de corresponsabilidad: así lo formulaba el Papa Francisco, aconsejando a los Obispos: "No los dejen expuestos a la soledad y al abandono, presa de la mundanidad que devora el corazón"². Y donde a cada presbítero toca hacer también "todos los esfuerzos necesarios para evitar vivir el propio sacerdocio de modo asilado y subjetivista", y quien también "buscará favorecer la comunión fraterna, dando y recibiendo de sacerdote a sacerdote" (DMVP, 36).

¹ Luis Valdez Castellanos, SJ, Plenitud sacerdotal, Buena Prensa, México 2015, pp. 310-311.

² Papa Francisco, Discurso a los Obispos de México, Catedral primada de México, 13 de febrero de 2016.

EL SACERDOTE AMIGO DE DIOS

Pbro. Dr. Félix Castro Morales
 Doctor en Teología Mora y Espiritual
 Rector del Seminario de Irapuato



Los Evangelios muestran a Jesús en constante relación con personas muy distintas: enfermos que buscan curación, pecadores que ansían el perdón, curiosos, incluso espías... Pero en torno al Maestro se mueven, sobre todo, sus amigos. Así llama Jesús a sus discípulos: 'amigos míos' (Lc 12,4). Es emocionante contemplar al Señor ante la tumba de Lázaro; su llanto conmovido hace comentar a los judíos: 'Miren cuánto le amaba' (Jn 11,36). Más adelante, durante la Última Cena, explicará a los apóstoles el sentido de su muerte en la Cruz: 'Nadie tiene amor más grande que el de dar uno la vida por sus amigos' (Jn 15,13). Y, quizá ante su sorpresa, insiste: 'Ya no los llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor; a ustedes, en cambio, los he llamado amigos, porque todo lo que oí de mi Padre se los he dado a conocer' (Jn 15,15).

¿Y qué nos da esta inigualable amistad? San Ireneo nos lo dice: "es causa de inmortalidad para quienes entran en ella". "Ya no siervos, sino amigos": en estas palabras –comenta Benedicto XVI– se encierra el programa entero de una vida sacerdotal. ¿Qué es realmente la amistad? Querer y no querer lo mismo, decían los antiguos. La amistad es una comunión en el pensamiento y el deseo". "Se llama amigo de Dios –escribe san Gregorio Magno– el que cumple su voluntad".

"Y extendiendo su mano hacia sus discípulos, dijo: ¡He aquí mi madre y mis hermanos! Porque cualquiera que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ése es mi hermano y mi hermana y mi madre" (Mt 12, 49-50).

A nadie se le aplican mejor esta enseñanza de Jesús que a la Madre Santísima con su "Sea hecha en mi tu voluntad" en el momento de la Encarnación y en su continua "fiat" durante todo el camino desde los días oscuros de la Cruz hasta la luminosidad de la Resurrección. De hecho el Señor exalta a Su Madre Santísima como una mujer "por excelencia", quien ha cumplido con la voluntad del Padre, llamándonos a imitarla si queremos ser parte de su verdadera familia. Él nunca pierde de vista la prioridad de "cumplir la voluntad del Padre" en todo momento, a cualquier costo, ni siquiera frente a su Madre.

"Jesús es mi Amigo entrañable, que me quiere con toda la divina locura de su Corazón. Jesús..., mi Dios,... que es hombre también" (San Josemaría)

Por el Amor de predilección que Jesús tiene a sus sacerdotes los hace amigos íntimos, a tal grado que los hace ser Él, hacer lo que Él hace y estar donde Él está, en toda su vida ministerial. Por la ordenación sacerdotal el Espíritu Santo nos sitúa en una relación nueva, profunda y eterna con Dios. Recibimos el mismo Espíritu de Cristo, que nos hace hijos del Padre y nos hace otros Cristo, y nos introduce también en una especial intimidad con Jesús: en realidad, nos identifica con Él. Sin embargo, al hacerlo no disuelve nuestra individualidad, ni elimina nuestra personalidad. Por eso, la identificación con Cristo se vive de la mano de la amistad con Él. La vida de la gracia inaugura una relación de tú a Tú con Dios: le conocemos en su misterio, y podemos actuar como Él. Esa unidad profunda de conocimiento y de intenciones hace posible que, siendo unas pobres criaturas, experimentemos a Dios, como decía san Agustín, en lo más íntimo de nosotros mismos; y que podamos querer y procurar lo mismo que Él. En eso –idem velle, idem nolle, amar y rechazar lo mismo– consiste precisamente la amistad.



El Corazón de Jesús es el Corazón de Dios encarnado; el sacerdote, al ser llamado a la altísima vocación del sacerdocio ministerial, es objeto de la comprensión y la ternura de Jesús ante las propias limitaciones, dificultades y caídas. "Jesús es tu amigo. El Amigo. Con corazón de carne, como el del sacerdote. Con ojos, de mirar amabilísimo, que lloraron por Lázaro... Y tanto como a Lázaro, quiere a cada sacerdote. Ese Amor, divino y humano al mismo tiempo, infinito y cercano, es un apoyo firme que nos permite ir adelante en toda circunstancia.

También nosotros podemos tratar así a Dios, si vivimos con la seguridad de que Cristo, "el Amigo entrañable", está verdaderamente presente en la Eucaristía. El sacerdote, llamado a vivir con Dios, no puede descuidar los pequeños detalles con el Amigo; por ejemplo, en la breve y/o larga visita durante el día, al procurar vivir la Misa con intensidad y recogimiento, al trasladarnos con la imaginación frente al Sagrario para saludar al Señor o para ofrecerle nuestro trabajo... Pequeños detalles, los mismos que vivimos con nuestros amigos cuando nos acercamos a verles o

les enviamos un mensaje durante el día.

Por eso, todo lo que el sacerdote es y hace debe brotar del amor con el amigo, Jesús: proclamar la Palabra de Dios, celebrar la Eucaristía y los demás sacramentos, orar, procurar su formación permanente, orientar a los fieles; diseñar y ejecutar planes pastorales, organizar retiros, pláticas y encuentros; administrar los bienes de la parroquia, convivir con los hermanos sacerdotes, con los amigos y con los fieles; participar en las reuniones de decanato y en las Asambleas diocesanas; ir en busca de los alejados; divertirse y descansar.

Todo, absolutamente todo lo que somos y hacemos, debe estar unificado por el amor, que es Dios, y, por tanto, debe tener una dirección concreta: ayudar a que toda la gente con la que tratamos se encuentre con Dios; se sienta tocada y amada por Él. Esto incluye a los hermanos en el sacerdocio ministerial.

Por esto el Mandamiento del Amor es el signo distintivo de los que siguen a Cristo, y especialmente del sacerdote, amigo predilecto

de Jesús, llamado a ser signo y presencia de Jesús Sumo y Eterno Sacerdote. Y no es sólo un modo de vida sino algo que nace de la fe en que el mismo Jesucristo está presente en las personas que nos rodean. Se trata de algo profundamente radicado en la enseñanza del Señor: en distintas ocasiones nos recuerda que, al cuidar a quienes lo necesitan —y todos, cada uno a su modo, tienen necesidad de nosotros—, en realidad es a Él mismo a quien cuidamos. Por eso es tan importante «reconocer a Cristo, que nos sale al encuentro, en nuestros hermanos los hombres. Por esto Jesús deja a sus sacerdotes el mandamiento del amor cuando dice a sus apóstoles: "Éste es mi mandamiento: que se amen los unos a los otros como yo los he amado. Nadie tiene amor más grande a sus amigos que el que da la vida por ellos. Ustedes son mis amigos, si hacen lo que yo les mando. Ya no los llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su amo; a ustedes los llamo amigos, porque les he dado a conocer todo lo que le he oído a mi Padre (Jn 15, 12-17).

"Jesús explica que nos llama amigos, porque todo lo que él sabía de su Padre celestial nos lo ha dado a conocer, nos lo ha confiado. ¡Nos ha hecho partícipes de los secretos de familia de la Trinidad!" (P. Raniero Cantalamessa ofmcap.).

Muchas veces la amistad puede constituir un vínculo más fuerte que el parentesco mismo. El parentesco consiste en tener la misma sangre; la amistad en tener los mismos gustos, ideales, intereses, los mismos amores del amigo Jesús. Nace de la confianza, esto es del hecho de que confío a otro lo más íntimo y personal de mis pensamientos y experiencias.

Jesús explica que nos llama amigos porque todo lo que él sabía de su Padre celestial nos lo ha dado a conocer, nos lo ha confiado. ¡Nos ha hecho partícipes de los secretos de familia de la Trinidad! Por ejemplo, del hecho de que Dios prefiere a los pequeños y a los pobres, de que nos ama como un papá, de que nos tiene preparado un lugar. Jesús da a la palabra 'amigos' su sentido más pleno. ¿Qué debemos hacer después de haber recordado este amor? Algo sencillísimo: creer en el amor de Dios, acogerlo; repetir conmovidos con San Juan: "¡Nosotros hemos creído en el amor que Dios nos tiene!" (1 Jn 4, 16).

El sacerdote es, ante todo, hombre de Dios, "amigo fuerte de Dios", que por serlo no puede dejar de ser amigo de los hombres. Su modelo es Jesús, que desborda su amor al Padre en su amor a los más desamados, hasta la Cruz. Su fidelidad a Cristo se traduce en fidelidad a la Iglesia. Por esto San Juan María Vianney decía: "Si yo me encontrase a un sacerdote y a un ángel, saludaría al sacerdote

antes de saludar al ángel. El ángel es amigo de Dios, pero el sacerdote ocupa su lugar”.

Para entender la vida de un sacerdote hay que preguntarse no tanto “¿Qué hace el sacerdote?”, sino más bien “¿Quién es el sacerdote?”. Y la respuesta es siempre y sólo una: el sacerdote es un enamorado de Jesucristo, es su amigo: el Amigo amado, esperado, encontrado, alabado e implorado. El sacerdocio es una relación de íntima amistad con Jesús. En esta experiencia el Santo Padre Benedicto XVI es para nosotros un ejemplo luminoso. En efecto, el servicio del sacerdote «es y será siempre un servicio de amor para toda la humanidad, ministerio único e insustituible, capaz de anticipar, ya en este mundo nuestro, la alegría plena y la belleza del reino de Dios (Cfr. Cardenal Tarcisio Bertone en la homilía por el 50º aniversario de su ordenación sacerdotal).

“Ya no os llamo siervos, sino amigos”. En estas palabras de Jesús se encierra el programa entero de la vida sacerdotal. El Dios que se nos ha revelado en Jesucristo no es un Dios lejano: “Dios cuida personalmente de mí, de nosotros, de la Humanidad... Es bello y consolador saber que hay una persona que me quiere y cuida de mí. Pero es mucho más decisivo que exista ese Dios que me conoce, me quiere y se preocupa de mí” (Benedicto XVI). ¿Cómo, entonces, no va a ser la amistad de Cristo lo que define el ser mismo de quien tiene, como ministerio específico, generar precisamente esa amistad en todos los hombres?! “La amistad -decía el Papa Benedicto XVI, en el 60 aniversario de su sacerdocio- es una comunión en el pensamiento y el deseo”. Cristo «me conoce de manera totalmente personal. Y yo, ¿le conozco a Él? La amistad no es solamente conocimiento; es, sobre todo, comunión del deseo. Significa que mi voluntad crece hacia el Sí de la adhesión a la suya; su voluntad se convierte en la mía, y justo así llego a ser yo mismo”. Y Benedicto XVI ora así al Señor: “Ayúdame a estar cada vez más unido a tu voluntad. Ayúdame a vivir mi vida, no para mí mismo, sino junto a Ti para los otros. Ayúdame a ser cada vez más tu amigo”. Es la oración que

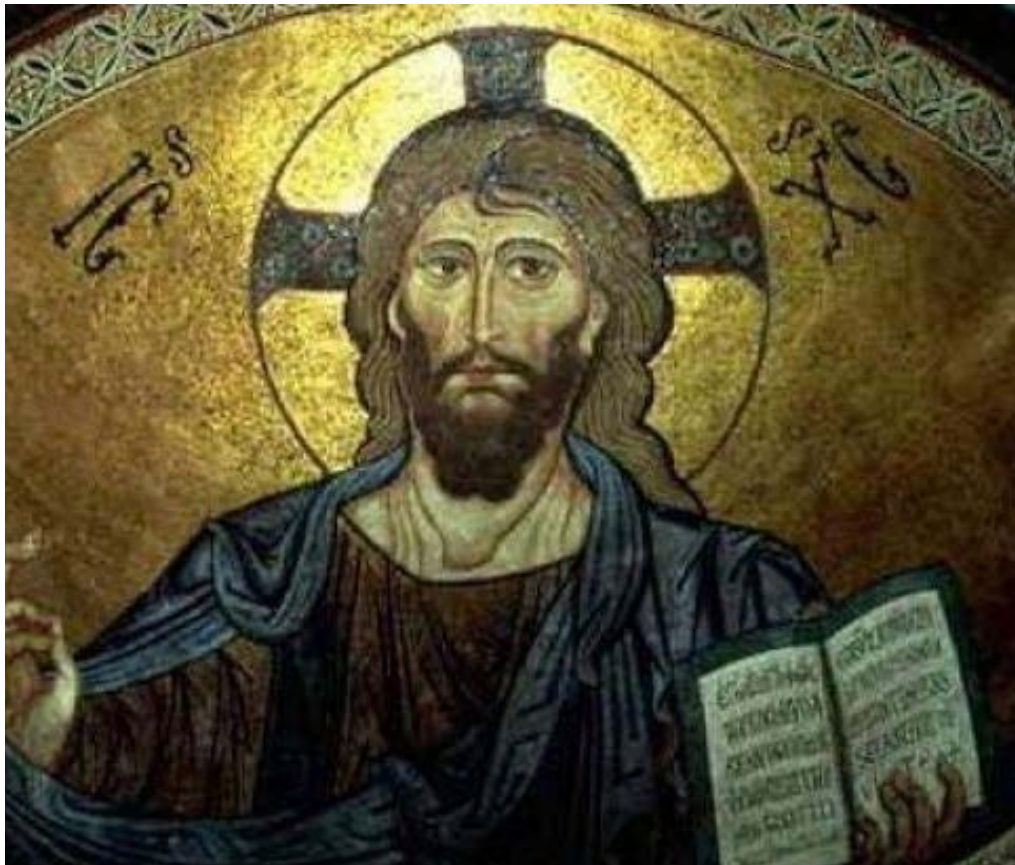
brotó, justamente, de toda alma sacerdotal. Así lo mostró el Concilio Vaticano II en su Decreto para los candidatos al sacerdocio, que certeramente recogió san Juan Pablo II en su Exhortación apostólica Pastores dabo vobis: “Habiendo de configurarse a Cristo Sacerdote por la sagrada ordenación, habitúense a unirse a Él, como amigos, con el consorcio íntimo de toda su vida... El texto conciliar relaciona la íntima comunión de los futuros presbíteros con Jesús con una forma de amistad. No es ésta una pretensión absurda del hombre. Es simplemente el don inestimable de Cristo, que dice a sus apóstoles: No los llamo ya siervos; a ustedes los he llamado amigos”.

San Juan Pablo II en su libro Don y misterio decía: “Celebrar la Eucaristía es la misión más sublime y más sagrada de todo presbítero. Y para mí, desde los primeros años de sacerdocio, la celebración de la Eucaristía ha sido no sólo el deber más sagrado, sino, sobre todo, la necesidad más profunda del alma”. ¿Cómo podría ser de otro modo en quien es, de Cristo, el amigo por excelencia?

Solamente unidos al Señor podremos cumplir la misión: servir de “puente” para que la gente se encuentre con Dios, que ha venido a nosotros y se ha quedado para siempre en su Iglesia, a través de su Palabra, de la Liturgia -sobre todo de la Eucaristía-, de la oración y del prójimo. ¿Lo ha hecho para estar conmigo, porque me ama! Y yo, ¿quiero estar con Él? ¿Procuró encontrarlo en su Iglesia? ¿Le dejo hablarme, meditando su Palabra? ¿Hago vida lo que en ella me enseña? ¿Es la luz con la que veo e interpreto la realidad y decido lo que debo hacer? ¿Es el criterio que dirige mi forma de pensar, de hablar y de actuar? ¿Me encuentro con Él en la Liturgia y procuro que también los demás lo hagan? ¿Permanezco con Él al celebrar el Santo Sacrificio de la Eucaristía en una relación de amistad? ¿Estoy con Él cuando administro el Sacramento de la Reconciliación? ¿Lo busco acudiendo yo mismo a recibir oportunamente este sacramento de misericordia? ¿Converso con Él en la oración? ¿Enseño a los demás a hacerlo? ¿Lo hago con el ejemplo?

DOS PRECEDENTES PATRÍSTICOS EN LA DOCTRINA SOBRE EL SACERDOCIO (II PARTE)

P. Ignacio Andereggen
Doctor en Filosofía y Teología



El autor conocido en la tradición oriental y occidental como Dionisio Areopagita, a quien hemos visto ya en la primera parte del presente artículo y como ya vislumbrábamos, nos ha ayudado a elevar la visión en torno a la altura del ser sacerdotal. Ahora, en la segunda parte de nuestro artículo, abordaremos el mismo tema en la doctrina de San Juan Crisóstomo que nos permitirá –como ya adelantábamos al inicio de nuestro trabajo– tomar con realismo las implicaciones prácticas de aquella perspectiva en su actuación como ejercicio de la caridad.

San Juan Crisóstomo

Este padre del siglo IV¹ es uno de los preferidos y más citados por Santo Tomás de Aquino, el cual nos inspirará en la parte central de nuestra reflexión teológico-espiritual. Su famoso escrito sobre el sacerdocio data del último cuarto del IV siglo, después de su Ordenación presbiteral². Su carácter práctico es muy diferente de la profunda contemplación contenida en los escritos de Dionisio. Su finalidad principal es el análisis psicológico concreto de la acción sacerdotal, la cual –por decir así– desde abajo confluye admirablemente con el análisis espiritual dionisiano.

San Juan Crisóstomo muestra el significado de la calidad sacerdotal en acto como una imitación del obrar de Cristo buen pastor. Aunque tenga sin duda presente la distinción de los tres grados del sacramento del Orden, no se preocupa en su famoso tratado sobre el sacerdocio de distinguir las operaciones de los Obispos respecto de aquella de los Presbíteros. Los considera especialmente bajo la forma de una iluminación que obra eficazmente en el seno de un amor personal y profundo por parte de un sacerdote o un Obispo.

¹ C. VIDAL MANZANRES, Diccionario de patristica, trad. It.: Dizionario sintetico di Patristica, Città del Vaticano 1995, art. "Giovanni Crisostomo": "Nace entre el 344 y el 354 en Antioquía en una familia noble y rica. Se convierte al cristianismo; fue bautizado por Melesio el Confesor después de haber sido instruido por Diodoro de Tarso; se retiró a una ermita, por un periodo de cuatro años con gran daño para su salud. Vuelve a Antioquía, y fue ordenado diácono en el 381 y sacerdote en el 386. Desde este año hasta el 397 asume la tarea de predicador en la Iglesia principal. A la muerte de Nettario, fue electo patriarca de Constantinopla; sin embargo, no lo deseaba y se debió recurrir a la fuerza y al engaño para transferirlo a aquella ciudad. Desprovisto de las más elementales dotes diplomáticas para moverse en el interior de los círculos cortesanos y deseoso de reformar el clero, en aquél tiempo muy relajado, encontró una tenaz resistencia. Destinó abundantes fondos para obras de beneficencia como ayuda a los necesitados y los hospitales. En el 401, en el sínodo de Efezo, destituyó seis obispos por simonía. La enemistad de la emperatriz Eudoxia –de la cual Juan había criticado duramente su vida lujosa y a la que imputó numerosas injusticias– unida al rencor de Teófilo de Alejandría –el que en el 402 había tenido que defenderse delante de un sínodo, presidido por Juan, de las acusaciones dadas contra él por los monjes de Nitria– y las intrigas de sus colegas del episcopado se concretaron en el famoso sínodo de la Quercia, cerca de Calcedonia. Justamente en este sínodo Teófilo convocó treinta y seis obispos, siete de los cuales eran egipcios, todos adversos a Juan. Este último, por haber rechazado tres veces el presentarse a aquel sínodo, fue destituido en el 403. El emperador Arcadio lo asiló inmediatamente en Bitinia, pero la emperatriz lo hizo volver al día siguiente. Este gesto fue un acto de reconciliación entre ellos dos, pero dos meses después Crisóstomo atacó duramente las diversiones públicas y la erección de una estatua de Eudoxia cerca de la iglesia. Esta actitud exasperó nuevamente los ánimos y el hastío alcanzó su culminación cuando Juan acusó a Eudoxia de ser una nueva Herodias, deseosa de la cabeza del Bautista. Exiliado en el Cáucaso en el 404 –no sin previos incidentes en los cuales se verificaron hasta derramamiento de sangre–, se quedó por tres años. Sus enemigos temían que su exilio se transformase en un lugar de peregrinación y por eso se le buscó otro lugar de exilio, esta vez en Pitio, en el extremo punto oriental del Mar Negro. La precaria salud de Juan no resistió el golpe y murió durante el viaje (407)."

² Cfr. Ibidem: "Juan Crisóstomo es el autor más fecundo entre los Padres griegos. La mayor parte de su obra está constituida por sermones de tipo exegético (Los salmos, Isaías, Mateo, Juan, Hechos, Romanos, etc.) dogmático, (Sobre la naturaleza incomprensible de Dios, Contra los judíos, etc.), de circunstancias (Homilias sobre estatuas, las dos Homilias sobre Eutropio, etc.). Además escritos de catequesis bautismal, una serie de tratados (Sobre el sacerdocio, Sobre la vida monástica, Contra los judíos y los paganos, que Cristo es Dios, etc.) y cartas."

“Es necesario gran habilidad porque de buen grado los enfermos se persuaden para someterse a las curas de los sacerdotes; no sólo esto, sino para que también vean la ventaja de la cura”³

El sacerdote ilumina al modo de Dios, que atrae por amor la voluntad y no obliga. La verdadera caridad, sin embargo, implica la fortaleza.

“¿Qué cosa se podrá hacer entonces? Si te muestras con demasiada piedad con quien necesita un gran tajo, y no lo haces profundo según la necesidad quitarás una parte de mal y dejarás la otra. Si radicalmente operas el corte necesario, muchas veces el paciente desesperando de su mal y arrojando al mismo tiempo el medicamento y las fajas, se comporta como pendiendo, rompiendo el yugo y cortando el lazo. Podría mostrar el ejemplo de muchos arruinados del todo por una pena requerida equivalente a las culpas. No hay que aplicar el castigo simplemente en la medida de las culpas sino considerar la intención de los culpables, para que la rasgadura que quieres reparar no haga que venga una laceración mayor, y buscando alzar al que cayó no produzcas una caída peor.”⁴

El Crisóstomo manifiesta con toda la autoridad de la experiencia una regla fundamental del obrar pastoral, como la podemos encontrar también en el ámbito de la literatura patristica latina, en la Regla Pastoral de San Gregorio Magno.

“El pastor necesita mucha prudencia e infinitos ojos para escrutar por todos lados las cualidades del alma. Así como muchos se vuelven arrogantes y caen en la desesperación de la propia salvación no pudiéndose adaptar a remedios amargos, así también hay otros que por no sufrir una pena proporcionada a las culpas caen en el descuido y

se vuelven mucho peores y son inducidos a culpas más graves.”⁵

La precisión de la mirada sacerdotal deriva de la misma luz divina que constituye al sacerdote en su estado. Es necesario ver a las personas con los ojos de Dios, que son infinitos porque cada persona está destinada a ser una obra maestra pintada por Dios con su gracia multiforme; cada una es como un reflejo de la infinita riqueza de la realidad divina que se difunde no solamente en los fuertes sino también en los débiles, en los cuales se demuestra más su infinita potencia. La prudencia del sacerdote no es nunca táctica sino participación de la mirada divina, cuyo modelo sacerdotal es la mirada del mismo Cristo testimoniada por los Evangelios.

“Por lo tanto es necesario que el consagrado no deje inobservada ninguna de estas cosas, sino que escrute todo con diligencia, y en modo correspondiente haga lo que está en su poder para que su preocupación no quede frustrada. No sólo en esto, sino también en el reunir las partes separadas de la Iglesia uno ve que hay muchas cosas que hacer. El pastor de la Iglesia tiene a la grey que lo sigue a donde la conduce. Si alguna se desvía del justo camino y dejando el buen pasto va a pacer por lugares estériles y abruptos, basta gritar fuertemente y de nuevo se recoge y se reúne con la grey la parte separada.”⁶

La mirada contemplativa del sacerdote, imitando y reflejando realmente la de Dios, en cierto modo constituye la realidad sobrenatural de la grey de Cristo en una concreta vida comunitaria, en la cual se forman las personas a imagen de las Personas en la vida comunitaria del mismo Dios. No se trata solamente, por tanto, de buscar a las ovejas perdidas, sino de construir con los materiales divinos las personas y las comunidades. El mismo alejamiento de la verdad y la caridad puede dar al sacerdote, que lleva en sí instrumentalmente la imitación de Dios, también la oportunidad para

construir la Iglesia y para hacer aflorar las potencialidades divinas de las personas.

“Si el hombre se separa de la vía de la fe, es necesaria al pastor mucha cura, fuerza y paciencia. No debe arrastrarlo con la fuerza ni constreñirlo con el temor, sino que es necesario persuadirlo para volver a la verdad de la cual se había alejado primero.”⁷

La fuerza del sacerdote tiene raíz en su generosidad, que prolonga la de Cristo salvador, el cual ama hasta el extremo a los hombres aún antes de hacer resonar en ellos el eco de su amor abundante.

“Es necesaria un alma generosa para que no se desoriente, ni se desespere de la salvación de los que yerran, para que reflexione continuamente y diga: en la esperanza Dios conceda a ellos el verdadero conocimiento y se libren del lazo del diablo. Por eso el Señor dijo a los discípulos: ¿Cuál es el servidor prudente y fiel? (Mt. 24,45). Quien se considera sólo a sí mismo, limita a sí mismo el provecho. El provecho, en cambio, del ministerio pastoral se extiende a todo el pueblo.”⁸

El sacerdote obra en medio de una gran batalla espiritual entre Dios y el diablo que se combate en las personas, en las comunidades, en la Iglesia entera y en el mundo. Por eso, como Cristo mismo, el sacerdote es un liberador. Esta liberación suya se da a través de la trasmisión de la luz divina que abre los ojos de los oprimidos espiritualmente por el influjo de los demonios en la parte sensitiva, en la cual muchas veces está centrada la conducta de los hombres.

Es solamente la fortaleza sobrenatural del sacerdote aquella que permite permanecer firme al mismo sacerdote en medio de las ondas contrarias que agitan la vida de los hombres y de las comunidades. Si estas ondas aparecen renovadas según formas distintas y no se aplacan nunca, más fuerte es todavía la luz que pasa a través del sacerdote centrado en Dios.

La acción sacerdotal realiza así la obra más alta de misericordia, como la realizó Cristo mismo con su sacerdocio.

“Quien otorga los medios a los necesitados o ayuda de otro modo a los oprimidos, ayuda también al prójimo, pero tanto menos que como lo hace el sacerdote, cuanta es la distancia del cuerpo al alma. Justamente el Señor dijo que el cuidado de la grey era signo de amor hacia Él.”⁹

³ San Juan Crisóstomo, El Sacerdocio, cfr. La trad. En la imprenta de Pedro Marín, Madrid, 1773. Damos en las citas también las referencias de la traducción italiana utilizada en la redacción original: Giovanni Crisostomo. Il Sacerdozio, Trad. It de A. Quacquarelli, Roma 1997 Il n. 3, 106, pág. 48.
⁴ Ibidem, Il n. 4, 108-110, pág. 48.

⁵ Ibidem, Il n. 4, 113-114, pág. 49.
⁶ Ibidem, Il n. 4, 115-117, pág. 49.

⁷ Ibidem, Il n. 4, 118, pág. 49.
⁸ Ibidem, Il n. 4, 119-120, págs. 49-50.
⁹ Ibidem, Il n. 4, 120-121, pág. 50.

San Juan Crisóstomo hace elevar nuestra mente a aquellas alturas a las cuales nos había conducido el Areopagita, es decir, a la constitución contemplativa del sacerdocio. Es necesario entonces extender la mirada a la amplitud de la realidad espiritual y por encima de nosotros. Crisóstomo no realiza un análisis de la realidad sacramental como había hecho Dionisio Areopagita. Sin embargo, nos hace considerar la relación entre las realidades terrenales y las realidades eternas existentes de modo eminente en el ministerio sacerdotal.

“El sacerdocio se cumple sobre la tierra pero pertenece al orden de las cosas celestes y muy justamente. Tal Orden no lo dio el hombre, ni el ángel, ni el arcángel ni ninguna otra fuerza creada, sino el mismo Paráclito, inspirando a aquellos que están todavía en la carne para imaginar un ministerio de ángeles. Es necesario por tanto que el sacerdote sea tan puro como si habitase en el cielo entre aquellas potencias.”¹⁰

“Terribles y admirables son las cosas anteriores a la gracia, como los pendientes, las melogranas, las piedras pectorales y humerales, la mitra, la cintura, las túnicas hasta los pies, la lámina de oro, el Santo de los santos, el gran silencio en el interior. Pero si alguno considera las cosas de la gracia, encontrará pequeñas esas que son terribles y admirables. Y aquí es verdadero aquello que se dijo en torno a la Ley: no fue glorificado aquel que fue glorificado en esta parte por la gloria trascendente (cf. 2Co 3,10).”¹¹

¹⁰ Ibidem, III n. 2, 175, pág. 61.

¹¹ Ibidem, III n. 2, 176, pág. 61. Cf. San Gregorio Magno Epístola Sinódica [Ewald-Hartmann I, 24] (febrero 591), trad. It. De Vera Paronetti, en Gregorio Magno, Perfil del Vescovo, Milano, 1983, 42: “Quien verdaderamente quiere hablar con sabiduría debe estar muy atento a que su palabra no llegue a perturbar la unidad entre los hermanos que lo escuchan. Por eso, Pablo recomienda: “No queráis ser sabios más que cuanto sea conveniente, sed sabios en la justa medida” (Rm. 12, 3). Por eso, según la voz de Dios, en las vestiduras del sacerdote, a los pendientes se alternan las granadas. Estas no pueden simbolizar otra cosa que la unidad de la fe; en efecto, como en la granada en el interior está protegida una pluralidad de granos por una corteza, así la unidad de la fe abraza los innumerables pueblos de la santa Iglesia que están íntimamente unidos en la diversidad de los méritos. A los pendientes se unen verdaderamente las granadas cuando en todo esto que decimos custodiamos la unidad de la fe”.

El misterio de la gracia es el centro de la vida sacerdotal. Por eso esta intuición experiencial de San Juan Crisóstomo se mantiene durante el desarrollo de la Tradición, en la forma de una reflexión acerca de la relación entre la santidad y el ministerio sacerdotal en cuanto tal. Esto culmina en el Decreto “Presbyterorum Ordinis” del Concilio Vaticano II, en el cual, como tendremos la ocasión de ver, se manifiesta expresamente tal formulación. San Juan Crisóstomo entiende desde esta perspectiva la referencia del sacerdocio al sacrificio eucarístico que encontraremos sistematizada en la teología posterior. La contemplación del Señor sacrificado y yacente en la celebración presidida por el sacerdote que ora y todos los fieles como concentrados en torno a él y enrojecidos por aquella sangre preciosa, es algo más elevado que estar entre los hombres y sobre la tierra.¹² Es participar, diría Dionisio, de la liturgia celeste.

“¿No te sientes enseguida transportado hacia los cielos y, despojado el espíritu de todo pensamiento de la carne, con el alma desnuda y con la mente pura, contemplas las cosas celeste? ¡Qué maravilla! ¡Oh amor hacia los hombres! Quien está en lo alto con el Padre, en aquel momento es tenido por las manos de todos y se dona así mismo a aquellos que quieren abrazarlo y apretarlo. Todos hacen esto con los ojos de la fe. ¿Pero te parecen estás cosas dignas de ser despreciadas, o ser tales que uno pueda exaltarse contra ellas?”¹³

Lo mismo que Dionisio, Juan Crisóstomo contempla la función sacerdotal como suspendida entre la acción de los ángeles en el cielo y la de los sacerdotes y profetas del Antiguo Testamento.

Por otro prodigio, en efecto, se ve –según él– la superioridad del sacrificio de la Eucaristía. Es necesario recordar delante de nuestros ojos al profeta Elías (1R 18, 30-35): una multitud inmensa alrededor, el sacrificio dispuesto sobre

¹² San Juan Crisóstomo, Ob. cit., III n.2, 177, pág. 62.

¹³ Ibidem, III n. 2, 177, pág. 62.

las piedras, todos los otros en la quietud y en el silencio, y sólo el profeta que ora. La llama se enciende y se abrasa la víctima. Es una maravilla. El sacrificio eucarístico, sin embargo, es mucho más maravilloso. El sacerdote no atrae el fuego, sino al Espíritu Santo. Suplica, no para que una llama material descienda desde lo alto y consuma la ofrenda, sino porque la gracia encienda las almas y las vuelva resplandecientes.¹⁴

Es un tremendo misterio. El alma humana no soportaría el fuego del sacrificio si no tuviera la ayuda de la gracia divina. Su objetivo es espiritual, de otro modo, haría aniquilar completamente a los que participan de él¹⁵.

“Si alguno pensase qué gracia es que, aún siendo hombre y aún todavía entretejido de carne y sangre pueda estar cercano a aquella naturaleza beata e incontaminada, entonces vería bien de cuánto honor la gracia del espíritu Santo haya hecho dignos a los sacerdotes. Mediante ellos se cumplen tales cosas y otras todavía que no son para nada menores, en relación a la dignidad y a nuestra salvación.”¹⁶

Los sacerdotes puestos entre las realidades angélicas y las terrenales tienen, sin embargo, un poder superior al de los ángeles. En efecto, operando sobre la tierra se dirigen a administrar las cosas del cielo. Poseen un poder que Dios no concedió ni a los ángeles ni a los arcángeles. Cristo prometió a los sacerdotes: “Todo lo que atéis en la tierra será atado también en el cielo, y todo lo que desatéis en la tierra será desatado en el cielo” (Mt 18, 18). Los sacerdotes tienen este poder respecto de las mismas almas y trasciende los cielos porque conecta con Dios. Lo que los sacerdotes cumplen en la tierra Dios lo ratifica en el cielo¹⁷.

San Juan Crisóstomo mira especialmente con atención el poder de perdonar los pecados.

El Padre dio al Hijo todo poder y Él lo entrega a los sacerdotes en la forma de la remisión de los pecados como si ellos fuesen transferidos a los cielos por encima de la naturaleza humana¹⁸.

Dios dio en eso a los sacerdotes “un poder tanto más grande cuanto el cielo es más precioso que la tierra, y las almas que los cuerpos.”¹⁹

¹⁴ Ibidem, III n. 2, 178-179, págs. 62-63.

¹⁵ Ibidem, III n. 2, 180, pág. 63.

¹⁶ Ibidem, III n. 3, 181, pág. 63.

¹⁷ Ibidem, III n. 3, 183, pág. 63.

¹⁸ Ibidem, III n. 3, 184, pág. 64.

¹⁹ Ibidem, III n. 3, 185, pág. 64.



Pero la obra divina de los sacerdotes se extiende también a los otros sacramentos.

"Ninguno puede entrar al reino de los cielos si no es regenerado por medio del agua y del Espíritu, y quien no come la carne del Señor y no bebe su sangre está excluido de la vida eterna. Todas estas cosas no se cumplen por obra de ningún otro sino sólo por las manos sagradas del sacerdote."²⁰

Sin los sacramentos administrados por los sacerdotes no es posible huir del fuego del infierno y obtener la vida eterna²¹. A ello se confían las generaciones espirituales y el cuidado del renacimiento por medio del Bautismo. Por

ellos participamos del misterio pascual de Cristo y devenimos miembros de su cuerpo²².

A tal inmenso poder debe corresponder en el alma del sacerdote una fortaleza inaudita entre los modos de ser en este mundo. En efecto, "las tempestades que agitan el alma del sacerdote son mayores que los vientos que revolucionan el mar"²³.

Por eso, es necesario en primer lugar que el sacerdote tenga completamente purificada el alma del deseo de la dignidad²⁴.

"Quien no desea ser designado en tal cargo no

20 Ibidem, III n. 3, 187, pág. 64.

21 Ibidem, III n. 3, 187, pág. 64.

22 Ibidem, III n. 3, 188, pág. 64.

23 Ibidem, III n. 7, 221, pág. 68.

24 Ibidem, III n. 7, 224, pág. 71.

teme la destitución, y no temiéndola puede cumplir cualquier cosa con la libertad propia de los cristianos. Aquellos que temen y tiemblan por ser destituidos, toleran una esclavitud dura y llena de muchos males y muchas veces están constreñidos a desagradar a Dios y a los hombres."²⁵

San Juan Crisóstomo describe con gran realismo las tentaciones que se abaten normalmente sobre el alma de los sacerdotes y que pueden transformarse en graves defectos. Violencia en el ánimo y depresión, envidia, contiendas y calumnias, acusaciones, mentiras e hipocresías, insidias, deseo de alabanza, deseo ardiente de honor, adulaciones, desprecio de los pobres y obsecuencia con los ricos, apariencias de modestia no correspondiente a la realidad, acusaciones injustas contra los débiles y silencios delante de los fuertes, deseo de agradar a las mujeres que se esfuerzan por entrar, a través del alma del sacerdote incauto, en el ministerio que no les es propio, etcétera²⁶.

Por eso, "es necesario que el sacerdote sea templado y perspicaz y dotado de infinitos ojos por todas partes para vivir no para sí, sino para el bien de una multitud tan grande."²⁷

San Gregorio Magno, después de San Juan Crisóstomo, describe la profunda unidad entre la contemplación y el cuidado de las realidades concretas que requiere la caridad pastoral del sacerdote:

"Supera el cielo en la contemplación, pero no abandona en su cuidado las necesidades físicas porque une en el abrazo de la caridad las realidades más altas y las más humildes, puede en sí mismo por la potencia del Espíritu ser raptado a las realidades celestes y al mismo tiempo ceder con serenidad al llamado de la misericordia con los otros."²⁸

San Juan considera desde el punto de vista pastoral cuanto hemos encontrado ya expresado por Dionisio en una perspectiva teológica. La contemplación del sacerdote "modela" al pueblo que él guía, de

25 Ibidem, III n. 8, 230-231, pág. 72.

26 Ibidem, III n. 6, 213-215, pág. 69.

27 Ibidem, III n. 9, 241, pág. 73.

28 San Gregorio Magno, ob. cit., trad. It. Pág. 43. Cfr. IDEM, Homilias sobre los Evangelios, 1. II, hom. 36, 11-13 (PL 76, 1272-1274): "Mi intención es exhortaros a dejar todas las cosas pero sin excederme. Si no podéis abandonar todas las cosas del mundo, por lo menos retenedlas de manera que no seáis vosotros retenidos en el mundo; las cosas terrenas han de ser poseídas, no han de poseeros ellas a vosotros; vuestras pertinencias han de estar bajo el dominio de la mente, sin dejar que vuestro espíritu se halle dominado por el amor de las cosas, ya que entonces caería él bajo el dominio de las mismas. Por tanto, usad de las cosas de la tierra, pero que vuestro deseo tienda a las que son eternas; las cosas temporales sean una ayuda en vuestro peregrinar, las eternas el término deseado de esta peregrinación. Todos los acontecimientos del mundo han de ser mirados como de soslayo. Miremos, en cambio, de frente con los ojos de nuestro espíritu la meta hacia la cual caminamos." Cfr. IDEM, Regula pastoralis, (PL 77), pars 2, cap. 5: "Hinc Moyses crebro tabernaculum intrat et exit; et qui intus in contemplationem rapitur, foris infirmantium negotiis urgetur."

modo tal que el tenor de su vida está configurado de acuerdo con tal exigencia²⁹.

Las penitencias propias de los monjes son secundarias en el sacerdote respecto de la penitencia espiritual, mucho más difícil, que consiste en soportar las violencias y las injurias, las murmuraciones y los desprecios por parte de la gente, la incompreensión por parte de los superiores y de todos³⁰.

"El alma del sacerdote tiene que ser más pura que los rayos del sol para que el Espíritu Santo no lo abandone nunca y pueda decir: no vivo yo sino que vive en mí Cristo (Gal. 2, 20)."³¹

El sacerdote y el Obispo tienen mayor necesidad de pureza que los mismos monjes.

"Los que viven en el desierto lejos de las ciudades, de la plaza y de los tumultos, completamente seguros en el puerto y en la calma, no quieren confiarse de la firmeza de esa vida, sino que agregan mil otras precauciones. Se defienden por todos lados, se preocupan de decir y de hacer toda cosa con mucha atención para poder presentarse a Dios con bondad y pureza sincera en cuanto es posible al hombre. ¿De qué fuerza y de qué violencia tiene necesidad el Obispo para que pueda preservar el alma de toda contaminación y conservar ileso la belleza espiritual? ¿No te parece?"³²

La finalidad de la pureza espiritual del sacerdote es la celebración de la Eucaristía.

"Es necesario que en todo esté tan por encima de todos aquellos por los cuales intercede cuanto es natural que quien gobierna supere a los gobernados. Y cuando después invoque al Espíritu Santo y cumpla el sacrificio tan terrible y esté en contacto continuamente con el Señor de todas las cosas, dime, ¿en qué Orden lo pondremos? ¿Qué

pureza y qué piedad no buscaremos en él? Piensa cuáles deban ser las manos que administran tales cosas, cuál la lengua que dice tales palabras y cuánto más pura y santa que cualquier cosa tiene que ser el alma huésped de un Espíritu tan alto. Entonces también los ángeles circundan al sacerdote, todo Orden de potencias celestiales eleva un cántico, y el espacio alrededor del santuario se llena para la gloria de aquel que se encuentra allí. Para hacer creíble esto es suficiente lo que se cumple entonces."

Este artículo fue tomado con autorización del libro "Sacerdocio y Plenitud de Vida" (pgs. 25-33) escrito por el P. Ignacio Andereggen, quien se ha doctorado en Filosofía y en Teología en la Pontificia Universidad Gregoriana, donde enseña en las Facultades de Filosofía y de Teología. Es docente también en el Pontificio Ateneo Regina Apostolorum de Roma. Anteriormente había obtenido la Licenciatura en Filosofía en la Universidad Católica Argentina (UCA) con Medalla de Oro, donde ha permanecido como profesor titular de Filosofía y de Teología en las Facultades de Filosofía y de Derecho. Ex-investigador del CONICET de la República Argentina, es socio correspondiente de la Pontificia Academia de Santo Tomás de Aquino y de la Religión Católica. En su haber tiene diversas publicaciones entre las cuales: La metafísica de Santo Tomás en la Exposición sobre el De divinis nominibus de Dionisio Areopagita (Buenos Aires 1989), Introducción a la Teología de Tomás de Aquino (Buenos Aires 1992) (traducción italiana: Introduzione alla teología di San Tommaso, Dehoniane, Roma 1996), Hegel y el Catolicismo (Buenos Aires 1995), La psicología ante la gracia (Buenos Aires 1997, 1999) (en colaboración), Contemplación filosófica y contemplación mística, desde las grandes autoridades del siglo XIII a Dionisio Cartujano (s. XV) (Buenos Aires 2002); publicaciones de la Editorial de la Universidad Católica Argentina; Sacerdozio e pienezza di vita (Roma 2003) Edizioni Dionysius. Ha colaborado en la Storia della Teologia de Edizioni Dehoniane (Roma-Bologna) con los artículos sobre San Alberto Magno, Santo Tomás y sus discípulos.

²⁹ San Juan Crisóstomo, Ob. cit., trad. It. pág. 75.

³⁰ Ibidem. III n. 9, 247, pág. 74.

³¹ Ibidem, VI n. 1, 504, pág. 132.

³² Ibidem, VI n. 1, 504, pág. 132.

LA ESPIRITUALIDAD MATRIMONIAL Y FAMILIAR (IV PARTE)

P. Alfonso López Muñoz, L.C.
 Doctor en filosofía
 Licenciado en Teología Dogmática
 Asesor espiritual y teológico de la Comisión de
 Pastoral Familiar de la Arquidiócesis de México



"ESPIRITUALIDAD DEL CUIDADO, DEL CONSUELO Y DEL ESTÍMULO"¹.

El último apartado del capítulo inicia con una cita del Concilio Vaticano II llena de significado y sumamente comprometedor; dice así: "Los esposos cristianos son mutuamente para sí, para sus hijos y para los restantes familiares, cooperadores de la gracia y testigos de la fe"². "Cooperadores de la gracia": es decir instrumentos, medios de la Gracia de Dios para toda la familia; no sólo el uno para el otro, ni tampoco

¹ AL, nn. 320-324.

² Decreto sobre el apostolado de los laicos *Apostolicam actuositatem*, n. 11.

sólo para los hijos, sino para toda la familia. Esto representa una grande y grave responsabilidad, la cual es muy difícil cumplir -si no es que imposible- sin la ayuda de la Gracia misma, sin estar arraigados en Dios por medio de la vida sobrenatural que dan los sacramentos. Pero también es necesario que ambos esposos sean personas de profunda fe y oración, para poder colaborar con la Gracia y permitir que ésta fructifique en su ser en plenitud, y así poder cumplir cabalmente con el sumo deber de ser "testigos de la fe". Por eso el "casarse por la Iglesia" -como se suele decir- no sólo es un privilegio y un derecho, sino que también implica una preciosa obligación espiritual más allá de lo moral.

Se dirá también aquí que Dios llama a los esposos a "engendrar y cuidar". En ese sentido, como dice el Papa Francisco, "la familia ha sido siempre el 'hospital' más cercano"³; por lo que se lanza una invitación a las familias en ese sentido: "curémonos, contengámonos y estimulémonos unos a otros, y vivámoslo [el hecho de ser un "hospital"] como parte de nuestra espiritualidad familiar". Por tanto, el documento vuelve sobre el tema de las heridas del amor en la familia, lo cual es parte de un sano realismo antropológico. Por eso se habla de 'curación', que implica el estar atento a los miembros que sufren, a los que están heridos. Así mismo se habla de 'contención', lo cual indica el saber consolar y dar razones para seguir, para luchar, para 'aguantar' ante la prueba y el sufrimiento. Finalmente se habla de 'estimularse unos a otros', es decir animarse mutuamente, motivarse los unos a los otros. ¡Cuánto necesitamos los seres humanos de todo esto! Y cuánto ayuda contar en la familia con miembros que saben hacerlo y lo hacen, que son conscientes de eso que se decía antes en el caso de los esposos: el ser "testigos de la fe", lo cual no quiere decir sólo el comunicar las verdades de fe o transmitir los contenidos de la misma, sino que, supuesto todo ello, sobre todo se refiere al vivir en actitud de fe, es decir según la visión sobrenatural y cristiana de la vida, del mundo, de los acontecimientos, y, por supuesto, también significa aceptar cristianamente las pruebas, el sufrimiento, el dolor.

La AL retoma aquí el tema de la vida en pareja, diciendo que ésta "es una participación en la obra fecunda de Dios", siendo "cada uno para el otro una permanente provocación del Espíritu". Y en este punto, citando a Juan Pablo II, se anota que "el amor de Dios se expresa 'a través de las palabras vivas y concretas con que el hombre y la mujer se declaran su amor conyugal'⁴. Sin duda aquí sobre todo se hace alusión al momento mismo del sacramento del matrimonio, cuya "forma" es precisamente el consentimiento, es decir las

³ Catequesis del 10 de junio de 2015.

⁴ La referencia es a *Familiaris consortio*, n. 12.

promesas, de las que ya hemos hablado antes ampliamente⁵. Pero también se refiere aquí al día a día de la aventura matrimonial, donde los dos son -han de serlo, y cuentan con la Gracia de Dios y su ayuda para ello-, "entre sí, reflejos del amor divino que consuela con la palabra, la mirada, la ayuda, la caricia, el abrazo". Y es por eso que, como enseña el Papa Francisco, "querer formar una familia es animarse a ser parte del sueño de Dios, es animarse a soñar con él, es animarse a construir con él, es animarse a jugarse con él esta historia de construir un mundo donde nadie se sienta solo"⁶. Y es interesante esa referencia implícita de fondo al libro del Génesis, donde se dice que Dios crea a Eva no sólo para que "le ayudara", sino para que lo acompañara en la vida, pues -y es el mismo Dios quien lo dice- "no es bueno que el hombre esté solo"⁷. Y entonces Dios le presenta Eva a Adán, ante lo cual Adán se alegra e irrumpe en palabras de admiración: "Ésta sí es hueso de mis huesos y carne de mi carne"⁸; desapareciendo así su soledad, y, por lo tanto, su insatisfacción y su tristeza, ya que, como hacía decir a uno de sus personajes Gabriel Marcel: "No hay más que un sufrimiento: estar solo"⁹.

Luego, el documento, usando un verbo muy querido al Papa Francisco, dirá que "toda la vida de la familia es un 'pastoreo' misericordioso", pues "cada uno, con cuidado, pinta y escribe en la vida del otro". Y entonces se cita a san Pablo, cuando dice a los corintios que ellos mismos son su carta, la cual está "escrita en nuestros corazones [...], no con tinta, sino con el Espíritu de Dios"¹⁰. También se dirá aquí que "cada uno es un pescador de hombres" (Lc 5, 10), que, en el nombre de Jesús, 'echa las redes' (cfr. Lc 5, 5) en los demás, o un labrador que trabaja en esa tierra fresca que son sus seres amados, estimulando lo

mejor de ellos". Y por ello la AL dirá también que "la fecundidad matrimonial implica promover", y esto porque, citando precisamente a Marcel, así llamado 'el filósofo de la esperanza' -y que también era dramaturgo y crítico musical, al igual que pianista y compositor-, afirmará que "amar a un ser es esperar de él algo indefinible e imprevisible; y es [-amar a un ser-], al mismo tiempo, proporcionarle de alguna manera el medio de responder a esta espera"¹¹. Resulta interesante señalar que este filósofo francés era más bien agnóstico, hasta que a los treinta y nueve años se convirtió al catolicismo. Se había casado a los veintinueve años profundamente enamorado de Jacqueline Boegner, la cual era protestante. Ella moriría mucho antes que él; y él no dejaría llorarla y extrañarla durante los veintiséis años que le sobrevivió, aunque al mismo tiempo la sentía siempre presente y más que viva a su lado; de hecho, esperaba con certeza absoluta encontrarla en la otra vida, haciendo patente con ello aquello que escribiría ya en su segunda obra filosófica, titulada "Ser y tener", parte de una trilogía en forma de "diario metafísico": "La esperanza es quizás el tejido del que está hecha el alma"¹². De hecho, el tercer volumen de la trilogía llevará por título "Presencia e Inmortalidad"¹³, obra en la que, sobre todo, analiza el amor humano -en especial el amor matrimonial-, y donde concluirá que el amor, si es auténtico, no puede morir, pues siempre es, efectivamente, 'presente'. Por lo demás, tanto Gabriel como Jacqueline poseían un fuerte sentido del valor sagrado de la paternidad y de la vocación de los esposos a dar vida y a co-crear juntamente con Dios¹⁴. En efecto, tenían un gran deseo de tener hijos y educarlos; mas al no poder procrear decidieron adoptar a un niño,

11 La cita es de su obra "Homo viator, prolégomènes à une métaphysique de l'espérance", Aubier Montagne, Paris 1944, p. 63 ("Homo viator: prolégómenos a una metafísica de la esperanza", Sígueme, Salamanca 2005).

12 "L'âme n'est que par l'espérance; l'espérance est peut-être l'étoffe même dont notre âme est faite", en "Être et avoir", Aubier, Paris 1935, p. 117. La primera obra de dicha trilogía -y de hecho el primer libro en cuanto tal de Marcel- lleva por título precisamente: "Journal métaphysique", Gallimard, Paris 1928.

13 "Présence et immortalité" Flammarion, Paris 1959. Se trata del último de la trilogía diarística del filósofo.

14 Cfr. "Le voeu créateur comme essence de la paternité", en "Homo viator", o. cit., pp. 127-164.

Jean-Marie, por quien vivieron y se desvivieron como papás. Un reflejo de su gran amor y valoración de la familia son sus análisis -fenomenológicos y metafísicos a la vez-, profundos y bellos, sobre el matrimonio y la familia, uno de los cuales se intitulará "el misterio familiar"¹⁵. De hecho, Marcel propone insistentemente distinguir entre dos términos, a los que considera opuestos: la primera distinción -que ha hecho historia en sede filosófica- es aquella entre "ser y tener"¹⁶; la otra es precisamente entre "problema y misterio". "Problema" es algo que tengo enfrente, que "me sale en el camino", mientras que "misterio" es una realidad en la que estoy necesariamente implicado; es decir de la que soy parte, o por así decirlo me envuelve¹⁷. Por ende, la categoría del "misterio" es algo que siempre nos pone en el plano de la comunión, una realidad por la que me uno a algo, y sobre todo me uno a alguien, a otro o a otros. De hecho, se puede percibir claramente cómo en el

15 Cfr. "Le mystère familial", en "Homo viator", o. cit., pp. 89-126. Ver también los estudios sobre el amor en "Du refus à l'invocation", Gallimard, Paris 1940 (reeditado como "Essai de philosophie concrète", Gallimard en 1966).

16 "Être et avoir" (o. cit.) es su obra más conocida; la distinción a cuyo título alude hizo historia en filosofía.

17 Para tal distinción, ver de Marcel "Positions et approches concrets au mystère ontologique", en "Le Monde Cassé", Declée de Brouwer, Paris 1933. Cfr. "Existence et objectivité", en "Revue de Métaphysique et de Morale" 32 (2) 175-195 (1925), donde Marcel condenaba "el espíritu de objetivación" tanto en el idealismo como en la ciencia moderna.

pensamiento filosófico de Marcel, así como en sus obras de teatro, predomina el 'tú' sobre el 'yo'. La suya es realmente una filosofía de la comunión -como, de hecho la denomina más de alguno de los conocedores y comentaristas de su obra-, en la que el centro es el 'nosotros' y no tanto el 'yo', el individuo aislado; en la que se afirma que "existir es coexistir"¹⁸. Hay una frase suya, de sobra conocida, que encierra bien toda su visión del hombre, de la vida y de la trascendencia: "Yo espero en ti para nosotros"¹⁹. Probablemente la frase no es del todo correcta a nivel de sintaxis; pero precisamente de esa manera busca indicar con gran fuerza cómo la esperanza y el amor se implican más allá de lo expresable; es decir, dicha expresión dice bien que ni el amor ni la esperanza están sometidos a una lógica racionalista. Y es que así es: como afirmaría genialmente del amor san Bernardo, místico del amor de Dios, cuando escribía que "su única medida es no tener medida". Y por su parte, en la misma línea san Agustín diría que "la medida del amor es amar sin medida".

Ahora bien, hay otra anotación hondamente espiritual que hace la AL después de haber citado a Marcel en relación a 'esperar en el otro'. Dice: "Esto es un culto a Dios, porque es él quien sembró muchas cosas buenas en los demás esperando que las hagamos crecer". Nos parece una indicación realmente preciosa, pues por una parte nos presenta la esperanza unida al amor como "un culto a Dios", es decir un 'acto litúrgico' -por así decir-, de alabanza; y por otra parte nos invita a ver a Dios como Alguien -es decir una Persona (pues, de hecho, Dios es el Amor mismo en Persona)- que espera nuestra espera en el otro. Por tanto, para que el otro pueda dar lo mejor de sí mismo, éste (ésta) espera nuestra espera, es decir nuestra esperanza en él (o ella). Y lo realmente consolador y -nunca mejor dicho- esperanzador es que así queda claro que Dios es realmente el autor de todo bien y el dador de todo don, como enseña san Pablo²⁰-y todo don es por medio de Cristo²¹-, y que al mismo tiempo Él 'necesita' de nuestra esperanza. A este respecto cómo no recordar al gran poeta y cantor de la esperanza, Charles Péguy, también él converso al catolicismo, y quien con gran maestría y unción volvió una y otra vez sobre esta "pequeña" virtud. En efecto, su "Pórtico a la segunda virtud" es una de sus obras más importantes y conocidas. "Segunda" porque en la lista de las virtudes teologales la esperanza suele ocupar, en efecto, el segundo lugar; es decir viene después de la fe y antes del amor; aunque bien sabemos que, como enseña

18 Cfr. "Présence et immortalité", o. cit., donde esa, junto con la de la trascendencia, son las tesis principales.

19 "J'espère en toi pour nous" ("Homo viator", o. cit., p 81).

20 Cfr. Ef. 1, 3; ver también 1 Cor. 1, 4-5; 12, 4-11.

21 Cfr. Col. 1, 15-20.

57 "Le Porche du mystère de la deuxième vertu", Nouvelle Revue Française, 1916, pp. 251-288 ("El pórtico del misterio a la segunda virtud", Encuentro, Madrid 2002).

san Pablo, "la mayor de todas ellas", y la única que "subsistirá" en la otra vida, es precisamente el amor, pues "la caridad no acaba nunca"²². En efecto, la fe y la esperanza no serán ya necesarias en el cielo, porque en la Visión, en el estado de contemplación de Dios, ya poseeremos al objeto de nuestra fe, y ya habremos alcanzado el objeto de nuestra esperanza, que es el Amor en persona. Pero mientras dura el "statu viatoris", es decir nuestro estado de peregrinos por este mundo hacia la patria eterna, de caminantes hacia el cielo, la esperanza es indispensable. Por eso decía bellamente Péguy que "la fe que Dios prefiere es la esperanza".

La AL continuará con otra reflexión igualmente profunda y espiritualmente muy rica: "Es una honda experiencia espiritual contemplar a cada ser querido con los ojos de Dios y reconocer a Cristo en él. Esto reclama una disponibilidad gratuita que permita valorar su dignidad". Por ello sólo "se puede estar plenamente presente ante el otro si uno se entrega 'porque sí', olvidando todo lo que hay alrededor", se dice aquí. "Porque sí": ¡eso es precisamente la "gratuidad"! Y esto nos recuerda de nuevo lo que ya decía más arriba san Bernardo sobre el amor, pues el amor no exige razones, sino que simplemente 'el amor ama'. Escribía este gran santo y Padre de la Iglesia -y la frase viene es precisamente de sus sermones sobre el Cantar de los cantares- "Amo porque amo; amo por amar" ("amo quia amo, amo ut amem")²³. El amor, pues, encierra en sí mismo su propia justificación. No amamos para recibir algo a cambio. El amor no se somete a la corta medida de la justicia distributiva; no, para nada. Va más allá; va siempre más allá. Y es san Pablo quien una vez más lo dice diáfano: "sin límites". "El amor excusa [es decir: perdona] sin límites. Cree sin límites. Espera sin límites. Soporta sin límites"²⁴. Otra traducción dirá simplemente: "todo": "todo lo perdona, todo lo cree, todo lo espera". En el fondo es lo mismo. El hecho es que el amor es total; si no, no sería verdadero amor.

O por lo menos no se trataría de verdad del amor cristiano, del amor de Cristo. Y por eso el amor matrimonial cristiano es total, "sin límites"; como también lo ha de ser el amor familiar, sobre todo si se trata del amor familiar entre quienes creen en Cristo, entre bautizados.

Por tanto, se ama "porque sí"; pero también se añade: "olvidando todo lo que hay alrededor". Esto se explica bien cuando a continuación se dice que "el ser amado merece toda la atención". En ese sentido, el Papa Benedicto XVI decía en la homilía de Navidad el 24 de diciembre del 2006 que el mejor regalo que podemos hacer al prójimo es nuestro tiempo. Claro está que se refería a un tiempo realmente dedicado al otro, en el que se centra nuestra atención de verdad en la otra persona; tiempo en que escuchamos al prójimo con atención y buscamos conocerlo y conocer sus inquietudes, sus puntos de vista, sus planes y proyectos, sus alegrías, pero también tiempo en que lo acogemos de tal manera que nos puede compartir sus penas y fracasos, sus sufrimientos. ¡Un tiempo de verdad humano y cristiano que puede generar tanto! Lo cual ha de actuarse primero en la propia familia. "Entre tantos regalos que compramos y recibimos -añadía el Papa- no olvidemos el verdadero regalo: darnos mutuamente algo de nosotros mismos. Darnos mutuamente nuestro tiempo. Abrir nuestro tiempo a Dios. Así la agitación se apacigua. Así nace la alegría, surge la fiesta".

Por eso, al hablar de cómo los demás "merecen toda nuestra atención" y nuestro tiempo, la AL nos propone como modelo nada menos que al mismo Jesús, pues -comenta el documento- "cuando alguien se acercaba a conversar con él, detenía su mirada, miraba con amor (cfr. Mc 10, 21)". Y continúa: "Nadie se sentía desatendido en su presencia, ya que sus palabras y gestos eran expresión de esta pregunta: '¿Qué quieres que haga por ti?' (Mc 10, 51)". Como vemos, se trata de un "tiempo de calidad" -como se suele decir- reservado al prójimo. Y, de hecho, éste es el mejor empleo de nuestro tiempo: la atención al prójimo,



una atención total y sincera, "de calidad", lo cual se traduce, en lenguaje cristiano, simplemente como llena de amor.

Ahora bien -insiste la Exhortación-, "eso se vive en medio de la vida cotidiana de la familia", ya que "allí recordamos que esa persona que vive con nosotros lo merece todo, ya que posee una dignidad infinita por ser objeto del amor inmenso del Padre". ¡Qué importante es el que vivamos en familia convencidos de esta gran verdad: "el otro lo merece todo"! Por tanto, los demás -comenzando por quienes ha puesto Dios a nuestro lado, aquellos con quienes vivimos, es decir nuestra propia familia- debieran experimentar justamente eso en mi mirada, en mis palabras, en mi actitudes y actos hacia ellos; mi familia, y en realidad más allá del círculo estrecho de ésta, todos, debieran experimentar eso: el amor que Dios les tiene -nos tiene a cada uno de nosotros-. Mi sola presencia debiera hacer sentir a los demás el amor de Dios, pudiendo así encontrar, refrendar, acrecentar el sentido profundo y bello de su misma existencia, ese "sentido" que finalmente es Cristo mismo. Por eso el mismo Benedicto XVI añadía en esa misma homilía citada más arriba: "Para vivir, el hombre necesita pan, fruto de la tierra y de su trabajo. Pero no sólo vive de pan. Necesita un sustento para su alma: necesita un sentido que llene su vida". Y es que el sentido pleno de la propia vida es sólo Dios. Mas Dios se vale de nosotros, de cada uno de nosotros, para 'hacérselo saber' a los demás, para 'hacerles saber' su Amor infinito por ellos, por cada uno de nosotros. En ese sentido, los cristianos somos -debemos ser- verdaderos instrumentos de Dios, portadores de Dios, reflejo de Dios para los demás.

Es pues, de esta "atención", es decir de este centrarnos en el prójimo por amor y para manifestarle el Amor de Dios con nuestra presencia, con nuestros actos, con todo nuestro ser, para que el otro experimente a Dios mismo en su vida; es de este 'hacer saber' al otro de parte de Dios Su Amor infinito por él o ella; es de ese 'hacer sentir' tal Amor que "brota la ternura, capaz de 'suscitar en el otro el gozo de sentirse amado", lo cual "se expresa, en particular, al dirigirse con atención exquisita a los límites del otro, especialmente cuando se presentan de manera evidente"²⁵. Esta afirmación, la cual, nos parece,

²² 1 Cor. 13, 13.
²³ "Sermones in Cantica Canticorum", 83, 4.
²⁴ 1 Cor. 13, 7.

²⁵ El texto proviene de la Relación final del sínodo 2015, n. 88. Sobre este tema habría que releer y meditar los documentos magisteriales profundísimos y bellísimos de Juan Pablo II: Exhortación apostólica post-sinodal sobre la Reconciliación y la Penitencia en la misma de la Iglesia hoy Reconciliatio et paenitentia de 1984 y también la Carta Encíclica sobre la misericordia divina Dives in misericordia del 1980.

expresa el "leit motiv" de todo el pontificado de Papa Francisco -con su insistencia en considerar a la Iglesia y al mundo como un "hospital de campo" en estos tiempos que corren-, encierra una actitud ante el otro realmente evangélica. En realidad aquí el "otro" se convierte de verdad en "prójimo", es decir en alguien "próximo", cercano, hermano, compañero de viaje. Se trata, pues, de una actitud realmente cristiana, pues, como ya se hacía ver antes al poner como modelo de tal "atención" a Cristo, fue Él mismo quien nos mostró con sus palabras y gestos, pero sobre todo con sus obras, con su vida toda, precisamente eso: una atención exquisita a nuestros límites, y sobre todo ante nuestras fragilidades más evidentes. ¿No es acaso ésa precisamente la experiencia que todos tenemos en nuestra relación con Cristo? De manera especial podemos vivir y palpar esto en el sacramento de la penitencia, en la Confesión; pero no sólo ahí. Quien desarrolla, pues, una real y sincera relación con Jesús, no puede sino experimentar esto precisamente. Ahora bien, como decimos, todo esto que se viene diciendo se aprende en la familia, y es ahí por donde se ha comenzado. Si no, parafraseando el conocido proverbio, corremos el riesgo de ser "candil de la calle y oscuridad de la casa"; lo cual sería muy triste. Mas, por otro lado, la Exhortación habla también de la dimensión "ad extra", hacia afuera, de la familia, anotando que "bajo el impulso del Espíritu, el núcleo familiar no sólo acoge la vida generándola en su propio seno, sino que se abre, sale de sí para derramar su bien en otros, para cuidarlos y buscar su felicidad". Es decir, no se cierra en sí misma. Y aquí una vez más la AL se refiere a Juan Pablo II, cuando el Papa santo dice que "esta apertura se expresa particularmente en la hospitalidad", virtud por medio de la cual la familia se convierte en "símbolo, testimonio y participación de la maternidad de la Iglesia"²⁶. No por nada la familia es considerada desde los primeros siglos del cristianismo como una "iglesia doméstica" -término recogido después, y asumido plenamente, por el Concilio Vaticano II²⁷; es decir

una pequeña iglesia, además de ser el núcleo primero y célula fundamental de la sociedad misma. Para refrendar esta dimensión social de la familia cristiana en el mundo, el documento también nos recuerda algunos aspectos comunitarios de la familia según la doctrina social de la Iglesia, mismos que están enraizadas en una sólida teología trinitaria: "El amor social, reflejo de la Trinidad, es en realidad lo que unifica el sentido el sentido espiritual de la familia y su misión fuera de sí, porque hace presente el "kerygma" con todas sus exigencias comunitarias. La familia vive su espiritualidad propia siendo al mismo tiempo una iglesia doméstica y una célula vital para transformar el mundo"²⁸. "Abrirse", pues, "salir de sí". En definitiva, diríamos parafraseando al Papa Francisco, la familia cristiana es y debe ser siempre también "una familia en salida".

El último párrafo de la Exhortación habla de "la dimensión última y definitiva de nuestra existencia", en la que -dice el documento- "están insertas" tanto "las palabras del Maestro (cfr. Mt 22, 30)" como "las de san Pablo (cfr. 1 Co 7, 29-31)"; una "dimensión" -concluye- "que necesitamos recuperar". En efecto, en el mundo actual, tan prendido de lo inmediato, de lo momentáneo, de lo instantáneo, nos urge volver a considerar la perspectiva de lo "último y definitivo", es decir de lo que permanece para siempre, de lo eterno. Y aquí es sumamente interesante la referencia a las palabras de Cristo y a las del Apóstol. Pero el documento no cita las palabras mismas; sólo hace referencia a ellas. El pasaje del Evangelio aquí referido es aquel en el que unos saduceos, que niegan la resurrección de los muertos, se acercan a Cristo y le preguntan qué pasará en la 'supuesta' otra vida que predica Jesús -es decir el cielo- con una mujer que haya estado casada con siete hombres. Pues bien, nos parece interesante y conveniente explicitar las palabras mismas de Cristo y traerlas aquí; Él les responde: "Estáis en un error, por no entender

tema en el Tema 2.

²⁸ Se reenvía aquí al Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia, emitido por el Pontificio Consejo "Justicia y Paz" en el 2004, nn. 248-254.

las Escrituras ni el poder de Dios. Porque en la resurrección ni se casarán ni se darán en casamiento, sino que serán como ángeles en el cielo". Diciendo esto, el Señor mismo nos hace ver cómo el matrimonio, al elevarlo Él a sacramento, se ha convertido en algo mucho más grande que la base del género humano como medio para la procreación y la educación de la prole; el Señor he hecho del matrimonio algo más, mucho más, que la célula fundamental de la sociedad, y por lo tanto de la Iglesia -como Ella misma indicó en el Concilio Vaticano II y en lo que tanto insistió san Juan Pablo, como hemos venido comentando-, que vive inmersa en la sociedad humana. Lo cual es ya algo muy grande, una realidad enorme. Pero Cristo ha ido mucho más allá: Él ha sublimado -es más ha divinizado- esta realidad humana que es el matrimonio al elevarla a sacramento; y, por medio de éste, lo mismo podemos decir de alguna manera respecto a la familia. Desde entonces el matrimonio es medio de salvación a pleno título, como lo son los demás sacramentos. Y sólo bajo esa óptica se pueden comprender a fondo las palabras de Jesús en el Evangelio: "En la resurrección [...] serán como ángeles en el cielo". De hecho, ya desde el libro del Génesis, desde la creación del hombre como varón y mujer, como seres complementarios, se presenta el matrimonio como "ayuda"²⁹: ayuda para complementarse, para realizar en totalidad la naturaleza humana en sus únicas dos formas, que son las de varón o mujer³⁰. Ello supera en sí un significado meramente pragmático del término; pero aquí se supone una "ayuda" para un fin trascendente, el cual sólo quedará del todo patente en el Nuevo Testamento, con la plenitud que alcanza el matrimonio desde la perspectiva de la redención y su elevación a sacramento por obra de Cristo mismo. Así, se ha de considerar el matrimonio ante todo como medio para salvarse, para salvar al propio cónyuge y a uno mismo -ya que el amor de caridad se aplica sobre todo a tal fin salvífico, pues para eso esencialmente se encarnó, murió y resucitó Nuestro Señor; y su fin natural de procrear y educar a los hijos se dirige también, finalmente, a su salvación eterna.

Por otro lado, se hace referencia a san Pablo; las palabras explícitas del apóstol son: "Os digo esto, hermanos: que el tiempo es corto; lo que importa es que los que tienen mujer vivan como si no la tuvieran; los que lloran como si no llorasen; los que se alegran como si no se alegrasen; los que compran como si no

²⁹ Cfr. Gen. 2, 20-25.

³⁰ Cfr. Benedicto XVI, Discurso a la Curia Romana con ocasión de Navidad, Sala Clementina, 21 de diciembre de 2012. Ahí el Papa, hablando de la familia, hace una reflexión lúcida y extraordinaria sobre este tema de la creación del hombre y la mujer como seres complementarios; ahí mismo el Santo Padre ya desenmascara a la ideología del así llamado "género" ("gender"), de manera clara y esencial, como suele hacer este Papa con su gran sabiduría, su gran inteligencia de las cosas humanas y divinas, y su gran cultura humana y teológica.

poseyeran; y los que usan de este mundo como si no lo usaran; pues pasa la apariencia de este mundo". Esta invitación de Pablo refrenda lo antes afirmado por Jesús: el matrimonio es una ayuda sí para la vida en este mundo; de hecho es el medio sine qua non para la vida humana, si se trata de una procreación verdaderamente humana, según el designio eterno de Dios y según la auténtica dignidad del hombre; pero el matrimonio es algo más. Por eso la AL recuerda la necesidad de recuperar esa "dimensión última y definitiva de nuestra existencia" según las palabras de Cristo y de san Pablo, pues sólo así los matrimonios podrán "reconocer el sentido del camino que están recorriendo". El "sentido" en cuanto 'orientación', 'dirección', pero también y sobre todo en cuanto 'signo', 'significado'. En ese sentido -valga la redundancia- la AL volverá sobre un punto que toca a lo largo del documento cuando dice que "ninguna familia es una realidad celestial y confeccionada de una vez para siempre, sino que requiere una progresiva maduración de su capacidad de amar". Y por eso también "hay un llamado constante que viene de la comunión plena de la Trinidad, de la unión preciosa entre Cristo y su Iglesia, de esa comunidad tan bella que es la familia de Nazareth y de la fraternidad sin manchas que existe entre los santos del cielo". Por tanto, "contemplar lo que todavía no alcanzamos nos permite relativizar el recorrido histórico que estamos haciendo como familias, para dejar de exigir a las relaciones interpersonales una perfección, una pureza de intenciones y una coherencia que sólo podremos encontrar en el Reino definitivo"; lo cual también "nos impide juzgar con dureza a quienes viven en condiciones de mucha fragilidad".

Ahora bien, lo apenas dicho antes no anula el hecho de que -como también señala el documento- "todos estamos llamados a mantener viva la tensión hacia un más allá de nosotros mismos y de nuestros límites, y cada familia debe vivir en ese estímulo constante". En ese sentido, existe un discurso extraordinario y profundísimo

del Papa Benedicto XVI dirigido a los novios en su visita a la ciudad de Ancona, Italia, en el que comenta el conocido pasaje evangélico de las bodas de Caná, tan utilizado, por obvias razones, en la liturgia de la palabra para la celebración de matrimonios, en el que se refiere precisamente a esa "tensión", explicitándola de manera muy bella, cuando decía que "la experiencia del amor tiene en su interior la tensión hacia Dios". Y añadía: "El verdadero amor promete lo infinito". Si aplicamos dicha verdad profundamente teológica a las promesas matrimoniales podemos decir que, en última instancia, los novios, en el acto mismo por el cual se convierten en esposos al "regalarse el uno al otro" -como ya decíamos páginas atrás³¹-, es decir cuando 'se dicen' las promesas -o mejor dicho: cuando se prometen el uno al otro-, se prometen precisamente algo más que ellos mismos, algo más que su fidelidad mutua, por más que ésta sea total: "en lo próspero y en lo adverso, en la salud y en la enfermedad", cuando se prometen amor y respeto para toda la vida. Sí, decimos, se prometen mucho más: ¡se prometen "lo infinito", como dice el Papa Emérito. Es decir, se prometen el uno al otro al mismo Dios. ¡Se comprometen a dar el uno al otro [a] Dios mismo! O simplemente: ¡se prometen Dios! Pero para darlo, para dar a Dios a alguien más, para comunicar [a] Dios primero hay que poseerlo, porque, como dice el adagio archisabido: "nadie da lo que no tiene". Y si es verdad que a Dios no le podemos poseer del todo en esta vida sino hasta ya gozar de Él en el Cielo -donde sí lo poseeremos como es, pues, como dice San Juan, "cuando se manifieste, seremos semejantes a Él, porque lo veremos tal cual es"³²-, no es menos verdad el hecho de que podemos darlo en la medida en que permitimos al Espíritu Santo transformarnos, divinizarlos.

Y dado que aquí hablamos no sólo de "espiritualidad", sino de que la familia es -debe serlo- camino ordinario para llegar a las "altas cumbres de la unión mística", como dice la

31 Cfr. Tema 3.
32 1 Jn. 3, 2.

misma AL³³, vale la pena decir al menos algo sobre este tema de la "divinización", tan presente en la Tradición de la Iglesia, sobre todo en lo que dice precisamente a la espiritualidad, ya que es, finalmente, a lo que debiera realmente tender todo bautizado y toda espiritualidad auténticamente cristiana. Dejando de lado evidentemente cualquier indicio de falso espiritualismo, quizás hemos de recuperar este concepto tan antiguo y tan cristiano de la espiritualidad de los Padres de la Iglesia, quienes -ya desde san Irineo y después san Agustín, en Occidente, así como buena parte de los Padres en Oriente, desde Clemente de Alejandría y pasando por san Gregorio de Nisa y san Atanasio- utilizaban el término "theosis", que significa precisamente "divinización" o "deificación", basándose siempre en la Palabra de Dios. Pues bien, ese ir más allá de nosotros mismos, vivir en esa tensión hacia lo infinito por obra de la Gracia en nosotros, del que hablaba Benedicto XVI, es lo que ha de ser un "estímulo constante" en el que cada uno y también "cada familia debe vivir", como señala la AL. Y es que la tensión hacia la plenitud, hacia la perfección -que es el amor mismo-, en definitiva la tensión hacia plenitud hacia el cielo, es, de hecho, el 'motor' de la espiritualidad misma, individual y familiar. Es, en imagen paulina, ese "buscar las cosas de arriba, no las de la tierra [...]"; poner la mira en las cosas de allá arriba, no en las de la tierra³⁴; es también ese "aspirad a los dones más altos"³⁵. Por eso la Exhortación termina con una invitación a las familias precisamente a un 'aspirar siempre a más'. Y es que una espiritualidad verdaderamente cristiana no puede no tender siempre a más. Dice así: "Caminemos familias, sigamos caminando. Lo que se nos promete es siempre más". "Siempre más"³⁶. Y en ese anhelo, en ese esfuerzo que le compete a cada uno en lo individual y a cada familia, se nos anima a no desesperar, a no perder la esperanza: "No desesperemos por nuestros límites, pero tampoco renunciemos a buscar la plenitud de amor y de comunión que se nos ha prometido". Así es: aun y reconociendo nuestra miseria humana, no hemos de cejar en el esfuerzo y santa tensión hacia el Ideal que Cristo nos presenta. Él ha vencido al mundo, y en ello tenemos puesta nuestra confianza. Sabemos que con Él y en Él -para decirle una vez más con el gran Apóstol- somos fuertes: "Cuando soy débil, entonces soy fuerte". Es más, es precisamente cuando experimentamos nuestra debilidad que somos fuertes. Porque Él -y no nosotros mismos, tan cargados de miserias- es nuestra Fuerza y nuestra Victoria. Él es nuestra Gloria y nuestro Honor. Él es nuestra Salvación y Premio Eterno.

33 Cfr. AL, n. 316.

34 Col. 3, 1-4

35 1 Cor. 12, 31.

36 Así, de hecho, Gabriel Marcel definía al hombre: "ser" siempre más, contrapuesto al "tener" siempre más.

¿QUÉ DEBE HACER EL PREDICADOR ANTES DE LA PREDICACIÓN?

P. Antonio Rivero, L.C.
Doctor en Teología Espiritual



1. Debe primero escuchar la Palabra de Dios, pues es ahí de donde “toda la instrucción cristiana, y en puesto privilegiado la homilía, recibe de la Palabra de la Escritura alimento saludable y por ella da frutos de santidad” (Dei Verbum 24). Puede seguir estos pasos:

a) Toma el texto bíblico y lee: Debe ser una lectura en la fe y desde la fe: el predicador se aproxima al texto en la fe de la Iglesia, en un tiempo litúrgico, en un momento determinado de la vida eclesial y en medio del quehacer pastoral con su comunidad.

b) Le ayudará también un mínimo trabajo de exégesis de esos textos: ese enfrentarse científicamente con el texto, para llegar al sentido literal. El sentido literal (humano) logra llegar a lo que el autor sagrado quiso expresar, en su contexto histórico, sus destinatarios y el género literario empleado. Para la exégesis el predicador también puede ayudarse de comentarios a ese texto bíblico: Dicho comentario no debe ser muy prolijo, ni se debe perder en detalles, sino que nos acerque al contexto histórico y al sentido del texto. Pero no puedo quedarme aquí.

c) El predicador debe encontrar el sentido profundo de los textos, su alcance espiritual. Y esto lo logra mediante la propia meditación personal de esos textos. “Es en el interior de la letra, en la profundidad del sentido literal, donde debe buscarse el sentido espiritual del texto sagrado” (Ignacio de la Potterie, “La interpretación de la Sagrada Escritura”). Por tanto, hay que llegar al sentido espiritual (divino)¹ del texto sagrado, a lo que Dios quería dar a conocer con esas palabras del autor sagrado. Este es el sentido que más nos interesa en la predicación, y se logra llegar a él cuando

¹ “El sentido “divino” y propiamente cristiano de la Escritura –escribe I. de la Potterie– representa un más allá, un rebase, con relación al sentido “humano”, que descubre la sola exégesis técnica; la verdadera “interpretación” de la Escritura debe hacerse con el Espíritu con que fue escrita”. Por eso el fin que se debe proponer la exégesis cristiana es la interpretación espiritual de la Escritura a la luz de Cristo resucitado.



se leen y se meditan esos textos bíblicos bajo la influencia del Espíritu Santo en el contexto del misterio pascual de Cristo y de la vida nueva que proviene de él. Como predicador me interesa el sentido literal (exégesis) en orden al sentido profundo espiritual para que sea alimento para los oyentes. Así se pasa del "entonces" al "hoy". Esto es la predicación.

d) Por tanto, nadie tiene que ser un oyente de la Palabra de Dios tan puntual y dispuesto como el mismo predicador. La Palabra de Dios va a penetrar primero en el predicador. Este conocimiento rumiante y sapiencial de la Escritura es el que más necesitamos como predicadores, y el que más nos dará luces y fuerzas para el camino tanto para nosotros (para no estar diciendo nuestras ideas personales o caer en la vanidad) como para los que nos escuchen.

Sin meditación, la predicación se convierte en un producto de la mesa de despacho, que luego hay que verter al pueblo desde el púlpito.

En la meditación se experimenta la fuerza viva del texto. Sólo cuando el predicador se ha dejado interpelar por el texto, puede colocar también a su comunidad bajo el mismo. Se trata de hacer pasar el sentido de la página sagrada a la vida propia y a la vida de los fieles. La meditación es el puente donde se encuentran la Palabra de Dios y el hombre de hoy. Todo predicador debería decir lo mismo que san Juan: "Lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos... os lo anunciamos a vosotros" (1 Jn 1, 1-3). Don Ángel Herrera decía que "las homilías deben caldearse en el Sagrario y en la oración... La Palabra de Dios, sea cual fuere el tono, el lugar y el auditorio, no puede servirse fría" (La Palabra de Cristo, I, 67).

e) En pocas palabras, como decía D. Bonhoeffer, el predicador debe encontrarse con la Palabra de Dios: en la mesa de estudio, preparando seriamente su ministerio con la ayuda de los oportunos subsidios y comentarios; en el reclinatorio, orando la Palabra que va a predicar, de modo que no sólo sepa hablar "de" Dios, sino ante todo hablar "a" y "con" Dios en su oración

personal; y finalmente en el púlpito, dejando que en el momento mismo de su ministerio resuene en él mismo, antes que en sus hermanos, lo que Dios nos comunica².

2. Debe también escuchar a la comunidad a la que va a predicar

Toda predicación debe tener en cuenta dos cosas: el mensaje bíblico y la situación de los oyentes. Hablemos ahora de los oyentes.

• Importancia de los oyentes:

Los oyentes son el otro libro de Dios "en el que tendremos que leer constantemente, con el mismo amor, con la misma humildad y con la misma perseverancia que ante la Escritura y los sacramentos"³. El predicador debe ser un "contemplativo de la calle", capaz de asombrarse, maravillarse, entristecerse y sobre todo comulgar con lo que sucede a su alrededor. Nada le es ajeno. Debe abrir su corazón para acoger, escuchar y hacer suyo lo que va sucediendo.

El oyente debe sentir durante nuestra predicación que se trata de algo suyo, que se da una respuesta a sus interrogantes. Tenemos que tener en cuenta sentimientos, miedos, expectativas y gozos. Tenemos que conocer el contexto habitual de nuestros oyentes, su modo de ser, sus problemas, su trabajo y sus fiestas. Una predicación sobresale no sólo por su profundidad teológica, sino también por su profundidad en la situación. Los oyentes son hijos de la época y constituyen un trozo de la actualidad.

El predicador no puede encerrarse en la sacristía o en el despacho parroquial. Tiene que pisar los espacios donde vive la gente, para conocerla mejor. El conocimiento amistoso, de simpatía y de bondad del predicador con el pueblo es fuente de una mutua interacción. El pueblo debe encontrar en el predicador a un amigo, a un hermano conocido, y con una predisposición confiada y abierta, que propiciará para que ese pueblo reciba a gusto la semilla del Reino. Ahora bien, esto

² Citado por J. Aldazábal, "Predicación", en CFC, 1066

³ A. Iniesta, "Cómo predicar en la celebración sacramental", 251.

no quiere decir que el predicador sermonee cada domingo sobre las cosas negativas que vio en la semana. Juan XXIII aconsejaba lo siguiente: "estar informado de todo, pasar por algo muchas cosas y corregir poco". Quien trata con mucha gente necesita una buena dosis de paciencia. Si reacciona inmediatamente con amonestaciones se volverá un crítico y un gruñón. Hay que saber guardar un recto equilibrio entre no dar cabida en la predicación al chismorreo diario y llamar valientemente la atención sobre los desórdenes de la comunidad.

Ayudará mucho al predicador reunirse de vez en cuando y tener un diálogo con los colaboradores más comprometidos de la parroquia y hacerles estas preguntas: ¿qué mueve a la gente? ¿De qué se habla? ¿Qué se cuenta en la comunidad parroquial? ¿Qué tendría que cambiarse? ¿Qué les resulta tan vez desagradable?

RAFAEL GUÍZAR VALENCIA, UN PASTOR CON CORAZÓN DE APÓSTOL

P. Pedro Barrajón L.C.
Doctor en Teología moral,
Maestro en Bioética
Licenciado en Filosofía



RAFAEL GUÍZAR, UN SACERDOTE, HIJO DE LA TIERRA MEXICANA

Todo ser humano nace en un preciso contexto cultural, histórico, geográfico, familiar que determinan las características de la persona. Como todo ser humano, San Rafael Guízar es hijo de su tiempo, esto significa que es un hombre muy arraigado en su tierra, en su pueblo, en su religión, en su familia. Rafael Guízar es hijo de la nación mexicana y representante de lo mejor que este bello país ha dado al mundo. No por nada es el primer obispo de América Latina elevado a los altares y viene precisamente de México. San Rafael supo reflejar en su fisonomía espiritual los rasgos del Buen Pastor que la Exhortación Apostólica de San Juan Pablo II, Pastores Gregis, delinean como rasgos típicos del buen pastor en el gobierno pastoral¹.

¹ SAN JUAN PABLO II, Pastores Gregis, Cap. V, CC. 42. 54.

Con una personalidad rica, llena de humanidad, de carisma y de calor humano, San Rafael fue ante todo una persona santa, cualidad que nunca ha de faltar en el buen pastor de almas que tiene a Cristo como modelo.

La exhortación apostólica Ecclesia in America del Papa San Juan Pablo II ha claramente señalado que "la expresión y los frutos más altos de la identidad cristiana de América son los santos. En ellos, el encuentro con Cristo vivo es tan profundo y comprometido que se convierte en fuego que lo consume todo, e impulsa a construir su Reino, a hacer que Él y la nueva alianza sean el sentido y el alma de la vida personal y comunitaria. América ha visto florecer los frutos de la santidad desde los comienzos de su evangelización"². Entre estos santos se encuentra San Rafael, como testigo de la fe en Cristo, de la fe de un pueblo y, en su caso, en momentos de especial dificultad para la Iglesia, en un período especialmente delicado de la historia del país. Quien se acerca a su vida no puede no apreciar y quedarse maravillado por la estatura moral, espiritual y humana de este hombre que vivió su vocación a ser pastor, primero como sacerdote y luego como obispo en circunstancias verdaderamente complicadas y delante de las cuales él supo reaccionar con gran fe, con prudencia, con audacia, anteponiendo siempre el bien de los demás al propio. Podemos decir que representa un obispo "en salida" en conocida expresión del Papa Francisco, un obispo con olor a oveja, que no tiene miedo de salir en su defensa y de dar lo mejor de sí mismo, de su misma vida que se fue consumando en un lento holocausto, por el bien de aquellos a quienes le confió la providencia.

UN SACERDOTE CELOSO, CAPAZ DE DAR SU VIDA POR LAS ALMAS

Nacido en Cotija de la Paz, en el estado de Michoacán, el 26 de abril de 1878, siente la vocación al sacerdocio a los 18 años y él la percibe como una gracia especial de la Virgen María. Va al seminario de Zamora, donde es ordenado sacerdote en junio de 1901. Como estudiante se caracteriza por una gran devoción al Sagrado Corazón de Jesús, una acendrada devoción mariana, un fino sentido musical y una gran disponibilidad para el servicio de superiores y compañeros. Pronto el obispo de su diócesis, Zamora, José María Fernández, le propone hacer misiones populares en la que destaca el joven sacerdote por su celo ardiente por la salvación de las almas. Ama con predilección a los pobres, humildes y enfermos porque en ellos ve encarnado místicamente a Jesús, a quien él tanto ama. Su método apostólico de predicar misiones pronto atrae hacia él grandes masas de fieles y produce muchas conversiones

² SAN JUAN PABLO II, Ecclesia in America, 15

en la gente del pueblo, alejada de la práctica religiosa. Comprende la necesidad de formar cristianamente a las futuras madres de familia y llama desde España a las religiosas teresianas para la formación de las chicas para que dirijan una escuela en Zamora. Con su hermano Antonio, también sacerdote, funda una congregación de sacerdotes misioneros e invierte gran parte de su patrimonio en esta iniciativa. En estos primeros años de sacerdocio ya se dibuja con claridad su alma de pastor, pues no cesa de darse a sí mismo en un incesante e intenso apostolado, en la predicación, en las confesiones, en la animación de la vida parroquial, en la promoción de la devoción mariana y al Sagrado Corazón.

De modo repentino e imprevisto ocurre un hecho en su vida que cortará toda esa fogosa acción apostólica, prueba de la que Rafael saldrá victorioso, forjado en el crisol de la cruz de Cristo. El obispo, dando crédito a voces calumniosas, lo suspende a divinis y su ministerio queda truncado en el apogeo de su actividad. El obedece con fe y sabe que tiene que dar frutos allí donde Dios lo ha puesto y por ello rechaza ofertas de otros obispos de ir a sus diócesis a trabajar. Esperar con paciencia la hora de Dios en su vida, en máximo abandono en manos de la divina providencia. En esos años dolorosos en los que no puede celebrar la Eucaristía, ni confesar, ni ejercer su ministerio, él actuará heroicamente, viviendo en el silencio una injusticia que él acepta con amor y paciencia.

Con la muerte del obispo, acaba su prueba, pero pronto le corresponden vivir días tumultuosos para su país, pues llega con estruendo una revolución nacional que cambiará el panorama político de la nación y lo arrojará por varios años en duras y sangrientas luchas intestinas. En estos tiempos en los que también la Iglesia es puesta a prueba, Rafael crea un periódico católico, la Nación, consciente de la importancia que estos medios de comunicación comenzaban a cobrar en esa época. Pronto los miembros del clero sufren persecuciones y muchos tienen que salir del país

o ejercitar su ministerio de modo clandestino. El padre Guízar aprovecha esta situación para estar ahí donde está el pueblo, en los ensangrentados campos de batalla, administrando los sacramentos a heridos y moribundos, ofreciendo su palabra de consolación y esperanza a los soldados. Muestra su valor en los días agitados de la Decena Trágica, sin temer perder la vida en medio de las batallas campales de que fue testigo el centro de la ciudad de México, con tal de llevar a los heridos y moribundos la esperanza de los sacramentos. Es en esta época de su vida sacerdotal cuando lo encontramos en situaciones peligrosas como cuando es condenado a ser fusilado y con una movida ingeniosa, que despista a los soldados, logra escapar al último momento. O cuando en una situación parecida, en Puebla, se hace pasar por músico y así lograr salvar de nuevo su vida.

Pero tal situación de clandestinidad se hace insostenible y en 1915 tiene que salir del país, primero a Texas, donde se pone al servicio pastoral de los hispano-hablantes; más tarde en Guatemala, país en donde comienza a organizar misiones populares en las parroquias, como había hecho antes en Michoacán. Luego es invitado por su hermana María de Jesús, religiosa en Cuba, para ir a la isla del Pacífico donde, con el nombre de "Padre Ruiz", realizará un apostolado intensísimo predicando misiones populares, recorriendo la isla allí donde lo llaman a predicar. Son famosas las numerosas conversiones que logra en la prisión de La Habana.

En todas estas misiones apostólicas, el Padre Rafael se muestra como un pastor celoso de la salvación de las almas, olvidado de sí mismo, amante de la Eucaristía, fiel a la Iglesia, amigo de los pobres y emarginados. Es un misionero nato y al mismo tiempo discípulo del Señor, un verdadero discípulo misionero.

OBISPO DE VERACRUZ

En noviembre de 1919 de modo inesperado es

nombrado obispo de Veracruz. Recibe la consagración episcopal en la iglesia de San Felipe Neri de La Habana de manos del Delegado Apostólico del Papa Benedicto XV. En enero de 1920 llega por barco al puerto de Veracruz. Lo espera una misión ingente: una diócesis de 72.000 kilómetros cuadrados de extensión, 800 kilómetros de costa, con una población de un millón doscientos mil católicos con un alto índice de analfabetos, y de gran pobreza material y espiritual. Las comunicaciones en este territorio inmenso son malas. Hay que ir a caballo a gran parte de los lugares. La iglesia local sufre, como el resto del país, de las leyes persecutorias de Plutarco Elías Calles, interpretadas rígidamente por el gobernador del Estado. Muchas escuelas católicas han sido cerradas, el número de sacerdotes está limitado a la voluntad de los gobernantes, muchas órdenes religiosas han sido suprimidas.

El día de su llegada, el 4 de enero de 1920, un terremoto asola gran parte del Estado, y el obispo Rafael se dedica a auxiliar a la población en sus necesidades materiales perentorias e inicia en seguida una visita pastoral a toda la extensa diócesis. Como en otros lugares, su acción apostólica es bendecida abundantemente por la providencia y eso crea inquietudes en el gobernador Tejeda que le impone el exilio del Estado. El obispo tiene que salir hacia la ciudad de México, donde organiza un seminario diocesano clandestino. Y poco tiempo después debe salir exiliado del país, de nuevo hacia Texas, Cuba, Colombia. En Bogotá, agotado de misionar, tiene que pasar varios días en cuidados intensivos en un hospital de la ciudad.

Puede finalmente volver al país en 1929, aunque en el Estado de Veracruz, siguen en vigor leyes antirreligiosas, que limitan las legítimas libertades de los católicos. Él prosigue en sus visitas pastorales que le imponen un ritmo de vida agotador, su salud se va quebrantando. Para no causar problemas en su diócesis se retira a la Ciudad de México, donde puede también estar cerca del seminario clandestino por él fundado y ahí, el 6 de junio, lunes de Pentecostés, muere casi solitario en una casa alquilada de un barrio popular, sólo con la compañía de su hermano Antonio, obispo de Chihuahua, que había venido a verlo.

El Pueblo de Dios reserva un especial amor a los Pastores que se le entregan. Por ello, después de su muerte, los fieles comienzan a invocarlo con fervor y en 1950, exhumando su cuerpo, se constata que está fundamentalmente incorrupto. El recuerdo de su paternidad, su bondad, su sencillez y su celo hacen que muchos vengán a visitar su tumba en Jalapa y que se abra su causa de beatificación. El Papa Juan Pablo II lo proclama beato en 1994 y el Papa Benedicto XVI, santo en el 2006.

Pastor lleno de celo misionero por todos y especialmente por sus sacerdotes

El Papa Francisco ha invitado a toda la Iglesia a ser una "iglesia en salida"³. Pues bien, podemos decir con toda verdad que San Rafael Guízar era un obispo "en salida", un verdadero ejemplo para todos los pastores; él vivió y murió para esto, para pastorear al Pueblo de Dios que la Iglesia le confió.

El Papa Francisco, hablando de cómo tiene que ser esta "iglesia en salida", traza un itinerario que se desglosa en cinco actitudes descritas con otros tantos pernos. El primero de éstos es una especie de neologismo inventado por el Papa, con gran significación teológica y pastoral, "primerear". El verbo se refiere ante todo al Señor mismo que es quien toma la iniciativa de venir a salvarnos, allí donde nosotros estamos, en nuestros pecados, en nuestras debilidades, en nuestro pequeño mundo. El Señor "ha primereado en el amor (cf. 1 Jn 4,10)"⁴. El Señor es el primero que se adelanta hacia nosotros, que da el primer paso, que sale al encuentro que busca a los lejanos, que llega a los cruces de caminos, allí donde están las personas sin saber dónde ir, ni qué dirección tomar. Esto es lo que hizo San Rafael. No vivió una pastoral tranquila, no tuvo miedo en "armar lío", en salirse de los esquemas clásicos, porque él era un pastor con "olor a las ovejas", que las conocía por su nombre y que quería aliviarlas en sus necesidades materiales y, sobre todo, conducir las a la vida eterna.

El pastor que "primerea" es el que sabe también adelantarse, salir al encuentro, dejar su tranquilidad, ponerse en camino. Es el que vive con el deseo de poder brindar en toda ocasión la misericordia del Padre. "¡Atrevámonos un poco más a primerear!"⁵, nos dice el Papa, y lo dice sobre todo a los Pastores, para que no nos escondamos detrás de las costumbres, de lo que siempre se ha hecho, de esquemas cómodos, de tradiciones

³ PAPA FRANCISCO, *Evangelii Gaudium* (EG), 20-23.

⁴ PAPA FRANCISCO, EG, 24.

⁵ Ibid.

que en el fondo no son evangélicas. El Pastor obispo "primerea", como lo hizo San Rafael, con los sacerdotes. Son ellos los primeros destinatarios de su acción evangelizadora y salvífica. Son ellos los grandes amados del Padre, los primeros que hay que atender.

Primerear conduce al involucrarse, al comprometerse, al no estar simplemente mirando cómo van las cosas, sino que se sabe agachar, como lo hizo Jesús al lavar los pies de los discípulos. Así lo hice en su acción pastoral el Pastor que es consciente de su misión. Quien se involucra es capaz de achicar distancias ante los lejanos, capaz de tocar "la carne" del Cristo sufriente en el otro. El Pastor hará esto con todos los fieles, pero también y en primer lugar con sus sacerdotes. No los esquiva, no los evita. No son para él "el problema de la diócesis", sino la solución. Por eso no duda en convivir con ellos, en frecuentarlos, en acogerlos, en abrir las puertas de su casa para escucharlos, apoyarlos y consolarlos, o corregirlos, si fuera necesario. Así lo hizo con sus sacerdotes y seminaristas San Rafael.

El Pastor acompaña la grey, no la deja sola, camina con ella. No la tele-dirige, sino que está ahí presente en su bregar histórico. El Pastor "acompaña a la humanidad en todos sus procesos, por más duros y prolongados que sean. Sabe de esperas largas y de aguante apostólico"⁶. San Rafael no abandonó a su grey en los momentos difíciles de la persecución. Fue él el primero que se sometió las duras consecuencias de las leyes injustas contra la expresión de la libertad religiosa. Tuvo que salir de la diócesis y del país exiliado, pero llevaba en su corazón a su grey y a los sacerdotes que él sabía que se quedaban como corderos en medio de lobos. El Pastor sabe de paciencia, sabe de espera, sabe cambiar el ritmo cuando el otro está cansado, desanimado o abatido. El Pastor obispo acompaña ante todo al sacerdote, no lo deja solo, no minusvalora la necesidad que tiene de paternidad espiritual episcopal. Es un verdadero padre y maestro.

Y finalmente el Pastor con su comunidad, "fiel al don del Señor, también sabe fructificar"⁷. San Rafael quería ver en sus misiones frutos de conversión, aunque sabía que la última palabra en cuestión de frutos correspondía al Señor. Pero él hacía todo lo que estaba de su parte para que el fruto se diera, porque sabía que el Señor había escogido a sus discípulos para fueran y dieran frutos en abundancia para la vida eterna (Cf. Jn 15, 16). El Señor quiere fecunda a su comunidad. Quiere fecundo a su Pastor.

El sembrador siembra la buena semilla, aunque sabe que podrá venir otro a sembrar cizaña. Y "cuando ve despuntar la cizaña en

⁶ Ibid.

⁷ Ibid.

medio del trigo, no tiene reacciones quejasas ni alarmistas⁸. Así hizo San Rafael cuando en su misionar por la diócesis de Veracruz o por donde le correspondiera lo hacía con la alegría de quien ya está contemplando el fruto antes de que germine. No esperó que las condiciones fueran ideales para lanzar la semilla. Allí donde Dios le puso sembró lo que tenía a mano y confió en la providencia para que luego, cuando Dios quisiera, fructificara. "El discípulo sabe dar la vida entera y jugarla hasta el martirio como testimonio de Jesucristo, pero su sueño no es llenarse de enemigos, sino que la Palabra sea acogida y manifieste su potencia liberadora y renovadora"⁹. San Rafael sembró la semilla de la Palabra divina en el pueblo de Dios y también en los sacerdotes y seminaristas en los múltiples retiros y cartas pastorales con las que los animaba a perseverar en su vocación y a dar frutos de santidad y de apostolado.

Y así, el Pastor también sabe festejar. Festejar la acción de Dios en las almas, su misericordia, su salvación, su bondad, su perdón, su amor. Así era San Rafael, un hombre alegre que contagiaba alegría, un hombre que proclamaba y vivía la alegría del Evangelio. Alegría que contagiaba a los fieles y a su clero, que se sentían a gusto con un hombre así, positivo, jovial, amable, entusiasta, generoso.

De este mundo San Rafael vivió y encarnó en su vida la esperanza. No en vano quiso dar como nombre a la congregación de misioneros que quiso fundar los "esperancistas", dedicados a la Virgen de la Esperanza. "De este modo, viviendo como hombres de esperanza y reflejando en el propio ministerio la eclesiología de comunión y misión, los Obispos deben ser verdaderamente motivo de esperanza para su grey. Sabemos que el mundo necesita de la «esperanza que no defrauda» (Rm 5, 5). Sabemos que esta esperanza es Cristo. Lo sabemos, y por eso predicamos la esperanza que brota de la Cruz"¹⁰.

Para los pastores de hoy, San Rafael Guízar es un modelo a imitar. Con su bondad natural, su mirada clara y transparente, contemplamos en él un hombre totalmente dado al cumplimiento de su misión, una especie de nuevo juglar de Dios, que vive espontánea la presencia de Dios, su amigo y confidente. Un verdadero homo Dei, que vive en su alma el misterio de Dios y la comunica con sencillez; que vive la libertad gloriosa de los hijos de Dios y que triunfa en su vida cristiana, de sacerdote y de obispo porque vive el amor sin medida y sin buscar recompensa para sí. Vive como amigo apasionado de Cristo en la presencia amorosa del Espíritu Santo como dulce huésped del alma. Tenemos en él a un representante de la iglesia de México, fiel a Cristo y a la Iglesia: "México, siempre fiel"¹¹. Esa fidelidad, para que continúe en el tiempo, requiere Pastores con el corazón de un San Rafael Guízar Valencia, darse sin reservas y con pasión al gran ideal de proclamar con ardor la alegría del Evangelio.

8 Ibid.

9 Ibid.

10 SAN JUAN PABLO II, Pastores Gregis, 5.

11 SAN JUAN PABLO II, Homilía en la Catedral de la Ciudad de México, 29 de enero, 1979.

EL PELIGRO DE LAS CONSTELACIONES FAMILIARES Y SUS CONSECUENCIAS

LaRed21



Es probable que no hayas escuchado hablar de esta terapia alternativa, pero en varios países se practica en distintos lugares. Según informa el medio uruguayo La Red 21, sus defensores afirman que sirve para tratar distintos padecimientos psicológicos, y sus detractores denuncian que se trata de una pseudociencia y que representa un peligro latente.

Las constelaciones familiares son un método desarrollado por el teólogo, pedagogo y filósofo alemán Bert Hellinger, quien también se hacía llamar "psicoterapeuta", pero nunca tuvo título alguno que lo avalara. El objetivo de esta pseudociencia es ayudar a las personas a "liberar" tensiones y conflictos supuestamente heredados de los antepasados y que tienen sus raíces en los acontecimientos de la historia familiar, tales como conflictos bélicos, violencia familiar o doméstica, el fallecimiento prematuro de padres o de hijos, abortos, separaciones o violaciones, entre otros.

Según el método, las consecuencias de estos hechos pueden manifestarse en el presente a forma de depresión, psicosis, miedo, migraña, cansancio crónico y problemas en las relaciones. En síntesis, los problemas emocionales intensos, dignos de una fuerte terapia psicológica profesional, vienen de nuestros antepasados y pueden ser curados con las constelaciones familiares. Los defensores de esta práctica dicen que sirve para tratar casi cualquier cosa: dificultades actuales en las relaciones familiares, problemas generacionales, de fertilidad o adopciones, afrontar enfermedades físicas, depresión, tristeza o melancolía y hasta traumas severos de infancia.

CONTROVERTIDA PRÁCTICA

Hellinger desarrolló un método en el que se establecen tres mecanismos: talleres grupales, consultas individuales y movimientos sistemáticos. En el primero, se trabaja en conjunto con otras personas, en el otro la persona conflictuada es atendida de forma personalizada por un "constelador", y en el tercero se pueden realizar ejercicios grupales o individuales con herramientas o elementos que no siempre van en el mismo orden o prioridad, y que también tiene como fin tratar problemas psicológicos, energéticos o emocionales.

La terapia de Hellinger ha probado muchas veces que se da de frente contra la epistemología (estudio del conocimiento) y ocasionalmente es atacada con fuertes críticas por parte de la comunidad científica internacional. Por ejemplo, en 1997 una mujer alemana de la ciudad de Leipzig cometió suicidio tras haber formado parte de un grupo de constelaciones familiares. Sufría de depresión severa y problemas relacionales y llegó a la organización del mismo Hellinger con el fin de encontrar solución a su situación. Ante una investigación posterior a los hechos, el hombre afirmó: "No se me ocurrió que ella pudiera haber sido suicida. Yo sólo la vi por tres minutos".

Una clínica psiquiátrica de Ba Schussenried, un pueblo al sur de Alemania, tuvo que tratar a varios pacientes que presentaban cuadros de psicosis tras haber participado de una constelación familiar. Según el Forum Kritische Psychologie (FKP, o Foro de Psicología Crítica), cuatro de estos pacientes tuvieron que someterse a tratamientos para tratar obsesiones incurridas durante sesiones con el método de Hellinger llevadas a cabo en 2004.

No existe evidencia científica publicada en revista especializada o paper científico alguno que avalen la efectividad de las constelaciones familiares como método terapéutico. Sus

fundamentos, directrices, utilidad y resultados carecen de respaldo científico alguno, aunque varios científicos experimentales lo han intentado, como los investigadores Christina Hunger, Jan Weinhold, Annette Bornhäuser, Leoni Link y Jochen Schweitzer, quienes concluyeron en un estudio que, aunque en una porción de sujetos observados se notaron cambios psicológicos y emocionales, las consecuencias de los resultados aún se debaten.



ALGUNAS TÁCTICAS MANIPULADORAS EN LOS MEDIOS

P. Fernando Pascual L.C.
Doctor en Filosofía y
Licenciado en Teología



Un medio de comunicación social tiene ante sí dos opciones: buscar cómo comprender seriamente lo que ocurre, o elaborar manipulaciones al servicio de ideologías, grupos o particulares.

Para lo segundo, las tácticas pueden variar. Aquí se recogen algunas manipulaciones usadas con frecuencia por medios de comunicación ideologizados y partidistas.

1. Informar solo a favor del propio grupo y en contra de los "adversarios".
2. Ocultar lo negativo de "los míos" y lo positivo de "los otros".
3. Eliminar las declaraciones incómodas de "los nuestros" y divulgar las más desafortunadas de "los enemigos".
4. Destacar con grandes titulares lo que ayuda a la causa y poner en letra más pequeña lo que pueda perjudicarla.
5. Evitar imágenes negativas de quienes defienden el propio ideario y poner todas aquellas que descalifican a los del ideario opuesto.
6. Desviar la atención a temas marginales cuando los temas importantes no permiten ser tratados según la propia ideología.
7. Inventar comentarios y fuentes anónimas que desprestigien a los otros, y exaltar, incluso pagar, a personalidades que hablen a favor de las propias ideas.
8. Si el gobierno está en la misma sintonía, pedir subvenciones para ser más competitivos y con mejor calidad "informativa".
9. Si el gobierno está dominado por las ideas contrarias, resaltar machaconamente cualquier escándalo de corrupción de sus miembros y ningunear sus resultados positivos.

La lista podría alargarse, porque la capacidad de inventiva es enorme, y porque las pasiones llevan a actitudes manipuladoras realmente descaradas.

Lo que más sorprende es ver cómo algunos de estos manipuladores profesionales presumen de objetividad, de seriedad, de "independencia informativa", de imparcialidad, de ser una auténtica "alternativa", mientras saltan a la vista sus continuas distorsiones de la realidad.

Gracias a Dios, existen otros periodistas que saben abrir los ojos, que no temen recoger datos que pueden ir contra sus propias ideas, y que buscan ayudar a la gente a tener informaciones concretas y verificadas sobre lo que realmente ocurre cada día.

A esos buenos periodistas, aunque a veces no encuentren trabajo en medios muy manipulados, va nuestro homenaje y nuestra gratitud. Porque tienen valor, porque desean vivir su ética profesional, y porque abren ventanas para que podamos comprender mejor las sociedades complejas en las que nos ha tocado vivir.



DOS TIPOS DIFERENTES DE PLURALISMO

P. Fernando Pascual L.C.
Doctor en Filosofía y
Lic. en Teología



Con frecuencia el término "pluralismo" se usa como si tuviera un único significado, o un significado aceptado por la mayoría.

En realidad, hay diversos modos de entender el pluralismo, y hay diversos tipos de pluralismo. Ponemos ahora la mirada en dos de esos tipos.

El primer tipo de pluralismo surge desde dos polos: la complejidad del mundo en el que vivimos, y los límites del conocimiento humano.

Ya la filosofía griega antigua reconoció lo difícil que es conocer nuestro mundo. En el famoso "Timeo" de Platón, las teorías y explicaciones sobre el mundo físico son presentadas como algo provisional, porque

faltan datos y porque nos cuesta observar bien los fenómenos.

Igualmente Aristóteles, al explicar algo tan complejo como el mundo de las abejas, elaboraba diversas teorías para añadir, al final, que el tema no era suficientemente conocido y que hacía falta acoger nuevas observaciones, que son las que tienen un papel determinante para comprender mejor las cosas.

La continua interacción entre un mundo complejo y los problemas observacionales del ser humano explican lo que hemos denominado el primer tipo de pluralismo: la sucesión o la coexistencia de muchas teorías y explicaciones sobre los fenómenos.

Es decir, a la hora de hablar sobre nuestro mundo, el pluralismo de propuestas refleja que hay muchas maneras de ver las cosas, de interpretar los datos. Al mismo tiempo, algunos dan más relieve a unos aspectos, otros destacan aspectos diferentes, y así conviven discursos que en algunos puntos pueden ser complementarios y mutuamente enriquecedores, mientras que en otros resultan incompatibles.

Junto a este primer tipo de pluralismo, que tiene importantes elementos positivos, existe otro pluralismo que se basa en prejuicios, mentiras, descalificaciones, condenas injustas.

Ese pluralismo lleva a algunos a asesinar al adversario político al ser considerado como enemigo de la clase (en algunos sistemas comunistas), o de la raza (en la Alemania nazi y en otros pueblos racistas), o a aceptar el aborto selectivo (en muchos países que se consideran democráticos), mientras que otros defienden la idéntica dignidad de los seres humanos.

La enumeración anterior destaca ese pluralismo negativo, en el que unos tienen una opinión sobre la dignidad humana que permite ciertos asesinatos, y en el que otros tienen otra opinión sobre esa dignidad en la que todos los inocentes deben ser respetados.

Salta a la vista que este segundo tipo de pluralismo es negativo. En algunos casos, lleva a promover intolerancias agresivas y actitudes violentas, como las que han llenado de sangre tantas páginas de la historia humana.

Por lo tanto, en vez de hablar de pluralismo en singular, hay que hablar de pluralismos, en plural (con perdón por la redundancia). Un pluralismo será dañino si discrimina arbitrariamente a los seres humanos, si suprime la justa libertad de pensamiento y de palabra,

si trabaja por imponerse sobre otros puntos de vista que son plenamente legítimos.

En cambio, un pluralismo será bueno si permite un sereno debate entre los seres humanos, si promueve un mayor interés por el estudio y la observación de los datos, si permite el diálogo desde perspectivas diferentes a la hora de observar el mundo complejo en el que vivimos, si está unido a una sana apertura de mente, hacia la realidad y hacia los otros.

LUTERO O LO QUE HACE IMPOSIBLE LA DOCTRINA SOCIAL DE LA IGLESIA

Giampaolo Crepaldi
Del Observatorio Cardenal Van Thuan



El argumento de este número lo impone, en cierto sentido, el recuerdo de los 500 años de la Reforma luterana, que se celebra este año 2017. No hablamos sobre la Reforma porque “haya que hacerlo” a causa del aniversario, sino porque estamos convencidos de que muchas cuestiones acerca de la correcta o incorrecta visión de la sociedad, de la política y del derecho tienen que ver con dicha Reforma. Por lo cual, es una ocasión propicia no sólo para volver a examinar la Reforma como tal, sino también su relación con muchos aspectos de la vida social y política a los que se dedica la Doctrina Social de la Iglesia, ámbito central del compromiso de nuestro Observatorio.

Me refiero al tema de la modernidad, de la secularización, de la relación entre la Iglesia y el mundo, de la autoridad o del papel de la conciencia individual en las cuestiones de la vida pública. Para volver a examinar la Reforma es necesario tener una mirada de amplio alcance, dado que está vinculada a muchas dimensiones de la vida pública y, quinientos años después, esta influencia sigue siendo muy fuerte, incluso más que en el pasado, porque muchas potencialidades se han manifestado sólo con el paso del tiempo. Algún agudo observador ya las había visto entonces, pero ahora son visibles para todos: basta querer verlas.

Los estudios que publicamos en este número son, sobre todo, de corte social y político. No entran, por tanto, en las cuestiones ecuménicas o explícitamente teológicas. Pero tampoco pueden evitarse del todo, por lo que sólo se hace una referencia indirecta a las mismas. No pueden dejarse de lado porque es de los nuevos y clamorosos contenidos teológicos de la Reforma de donde nacen las consecuencias sociales y políticas que son el objeto principal de estos estudios. Ojo: no de la aventura interior y personal del monje Martín Lutero, sino de la nueva visión del pecado y de la gracia, de la naturaleza y de la relación con Dios. Ciertamente, la historia personal del monje de Erfurt tiene una gran importancia como origen del proceso, pero la Reforma está en las afirmaciones teológicas heterodoxas, y no en las intenciones individuales de Lutero. De estas también hablamos en este número, sobre todo Ermanno Pavesi en su artículo, pero el foco hay que ponerlo en los contenidos conceptuales de la Reforma.

De la visión luterana de la relación entre naturaleza y gracia; de su concepción de la justificación como no imputación por parte de Cristo de nuestros pecados en lugar de como purificación de la naturaleza corrompida pero no aniquilada; de su idea del pecado original como corrupción sin posibilidad de redención íntima de la naturaleza humana; de su concepción de la fe como confianza ciega, es de donde nacen los nuevos planteamientos de la cuestión social y política como, por ejemplo, la concepción de la autoridad como puro poder; la depravación invencible del hombre social y la doctrina del poder como lo que vence el mal con el mal; la separación entre la vida pública del cristiano y su vida de fe interior, dado que la libertad sólo puede ser vivida en esta última dimensión; la imposibilidad de una presencia pública y visible de la Iglesia al ser sólo una realidad interior y espiritual; la dialéctica entre la sumisión del hombre malvado al poder político, por un lado, y la afirmación de la libertad de la propia conciencia, que deriva del libre examen, por el otro; lo que explica cómo del protestantismo han podido nacer tanto los estados totalitarios como las democracias

liberales vacías de sentido, etcétera. Estos son los argumentos que se desarrollan adecuadamente en este número.

Entre todos estos argumentos invito al lector a detenerse en un punto que, en mi opinión, es central en el pensamiento de la Reforma. Me refiero a la actitud -que algunos consideran de cuño gnóstico- de desprecio de la realidad y de superposición de la voluntad humana a ella. En este punto las analogías entre Reforma protestante y pensamiento moderno son múltiples y profundas. El pensamiento moderno antepone el método al contenido, el conocimiento al ser, la duda a la verdad, la conciencia a la realidad. Dado que su punto de partida es la duda, que anula todas las verdades en un escepticismo radical, toda verdad que se quiera afirmar debe ser "puesta". Tanto Augusto del Noce, como Cornelio Fabro y Joseph Ratzinger, concuerdan al sostener que el pensamiento moderno nace de una "tesis" no demostrada e indemostrable, a saber: que lo que se conoce no es el ser, sino la propia conciencia. Se puede decir también que nace de un "dogma", cuyo valor reside sólo en ser "puesto" por la voluntad. También detrás del racionalismo moderno se encontrarían, por tanto, el voluntarismo y el vitalismo; es decir, el primado de la praxis.

Ahora bien, este planteamiento caracteriza también la Reforma protestante. En Lutero, el elemento práctico -sentirse salvado- es más importante que el elemento teórico y contemplativo: conocer quién es Jesucristo. De modo que la "desmitologización" que se llevará a cabo posteriormente en el ámbito de la teología protestante, sobre todo por Rudolf Bultmann, estaba ya implícita en las posiciones originarias: no interesa qué es Cristo en sí, sino qué es para mí. Lo que cuenta no es el Cristo real, sino el Cristo de mi conciencia. De este modo, el "principio de imanencia" pasaba de la filosofía (moderna) a la teología (protestante), y el primado de la conciencia ha dictado la ley hasta nuestros días.

Al vincularse a la conciencia individual, la fe se ha dissociado de la razón.

Decía antes que hay quien ve en este planteamiento rasgos de la Gnosis. Yo también creo que éste es un aspecto importante que hay que profundizar. La Gnosis está presente de formas diversas en la Reforma protestante. Aquí me urge poner en evidencia sólo el aspecto que considero principal: en el rechazo de la realidad para privilegiar la propia conciencia, algo característico tanto de la filosofía moderna como de la filosofía de la Reforma, está presente el proyecto gnóstico -primordialmente anticipado en el pecado original- de liberarse de la realidad, de la verdad y del orden para poder plasmarlos de nuevo según criterios humanos, según nuestros criterios. Es el proyecto de sustituir la filosofía y la teología por la ideología. Ideología que, dada la prevalencia de la voluntad y de la intención práctica recordados anteriormente, se convierte cada vez más en "praxismo", en un actuar por actuar, fin en sí mismo, y, por tanto, carente de sentido. Augusto del Noce acertó al demostrar que el marxismo, es decir, el primado de la praxis, era la madurez de la modernidad, y al prever su resultado final en Nietzsche. Tras la muerte de Del Noce, el resultado ha superado incluso a Nietzsche, pero su previsión era correcta.

Es de gran interés abordar la relación existente entre la Reforma protestante y la Doctrina Social de la Iglesia. Vistas las consideraciones expuestas más arriba, así como las contenidas en los ensayos de este número, creo poder afirmar que la Reforma protestante hace imposible la Doctrina Social de la Iglesia. No sólo porque en ella no hay una Iglesia; no sólo porque no hay una doctrina; sino también porque la Iglesia ya no se relaciona con el mundo por medio de la razón y la verdad. El mundo debe ser controlado porque es víctima del mal, y la fe cristiana no puede ser fuente de ningún tipo de avance. Como decía Karl Löwith, filósofo protestante de la historia, desde el punto de vista del progreso humano estamos aún en la época de los vándalos. La fe es ineficaz para la historia humana, cuenta sólo para las almas, y las obras no tienen valor o, peor aún, son tentaciones del diablo.

CURSO DE EXORCISMO Y ORACIÓN DE LIBERACIÓN

DEL 16 AL 21 DE ABRIL 2018

El curso quiere ser una ayuda para profundizar en la realidad del ministerio del exorcismo en sus implicaciones teóricas y prácticas, así como también una ayuda para los Obispos en la preparación de los sacerdotes que serán llamados a éste ministerio, y así como los laicos que los asisten.

INFORMES

Adriana Bellon
logosinter@redmision.org

55.20.54.11

55.20.55.85

